

PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DEL PERÚ

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES



¿El fin de la *Françafrique*? Politización del sentimiento antifrancés en el Sahel
Occidental desde 2020

Tesis para obtener el título profesional de Licenciada en Relaciones
Internacionales presentado por:

Durand Effio, Camila Andrea

Asesor:

Adins, Sebastien Marcel Albert


Lima, 2025

Informe de Similitud

Yo, Adins, Sebastien Marcel Albert, docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú, asesor de la tesis/el trabajo de investigación titulado ¿El fin de la Françafrique? Politización del sentimiento antifrancés en el Sahel Occidental desde 2020, del/de la autor (a)/ de los(as) autores(as) Durand Effio, Camila Andrea dejo constancia de lo siguiente:

- El mencionado documento tiene un índice de puntuación de similitud de 7%. Así lo consigna el reporte de similitud emitido por el software *Turnitin* el 26/09/25.
- He revisado con detalle dicho reporte y la Tesis o Trabajo de Suficiencia Profesional, y no se advierte indicios de plagio.
- Las citas a otros autores y sus respectivas referencias cumplen con las pautas académicas.

Lugar y fecha: Lima, 26 de septiembre del 2025

Apellidos y nombres del asesor / de la asesora: <u>Adins, Sebastien Marcel Albert</u>	
CE: 000405232	Firma 
ORCID: 0000-0002-7029-3369	

Dedicatoria

A quienes, desde el Sahel y el Sur Global, nos enseñan que pensar nuestras regiones no puede seguir siendo tarea exclusiva de Occidente. A quienes trabajan por ver el mundo desde otras epistemologías, descolonizando saberes y prácticas.

Esta tesis es también un intento de caminar junto a esos esfuerzos, respondiendo a la necesidad urgente de repensar la soberanía y la legitimidad. Desde la escucha y el deseo de observar sin imponer; de contribuir —aunque sea en lo mínimo— al desmantelamiento de narrativas coloniales aún vigentes. Porque la descolonización no fue un punto de llegada, sino un proceso aún inacabado.



Agradecimientos

Gracias infinitas a mis padres, Miryam y José, quienes se esforzaron incansablemente por brindarme la mejor educación posible, y, sobre todo, por motivarme siempre a ir más allá, incluso cuando ello implica enfrentar incontables desafíos. Gracias por darme el espacio para cuestionar, debatir y no dar nunca nada por sentado. Mis estudios y esta investigación son, en gran medida, un reflejo de ustedes y de sus complejidades.

A mi asesor de tesis, Sebastien Adins, gracias por ayudarme a dar forma a una investigación desbordante y por calmar todos los temores que surgieron durante el proceso de escritura. Asimismo, gracias al profesor Daniele Benzi por comprender mi pasión por el tema y la región, por orientarme y expandir tantas veces mi horizonte, sin permitir que el volcán que soy —y que esta investigación representa— erupcionara.

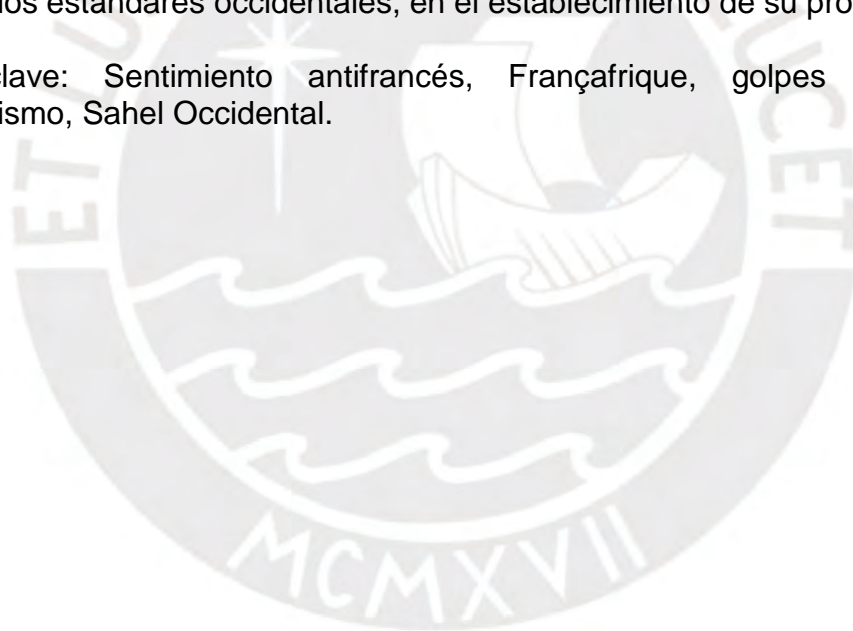
Finalmente, gracias a mis amigas y amigos por acompañarme durante estos cinco años de estudios, y por escucharme, dentro y fuera de clase, hablar incansablemente sobre lo que el continente africano representa para mí. Su paciencia, disposición al diálogo y apertura al debate no solo me permitieron reafirmar muchas de mis convicciones, sino también cuestionarlas y repensarlas.



Resumen

La influencia de Francia en el continente africano es una constante, incluso después de las independencias de los Estados africanos, mediante la "Françafrique". Aunque estos vínculos franco-africanos parecían inquebrantables, los últimos años han evidenciado un creciente sentimiento antifrancés cuya manifestación más aguda ha sido la ola de golpes de Estado que atraviesa el Sahel Occidental. Burkina Faso, Mali y Níger resultan casos especialmente relevantes para analizar esta dinámica. Estos países fronterizos conforman la Alianza de Estados del Sahel, rechazando frontalmente la intervención francesa en sus territorios al considerarla símbolo de desigualdad y sometimiento. Esta investigación busca comprender los factores que permitieron la politización del histórico sentimiento antifrancés que dio como resultado la legitimación de los golpes de Estado y de las posteriores medidas tomadas por las juntas militares. Siguiendo una aproximación postcolonial, la investigación analiza la interacción de los grupos yihadistas con la población, las intervenciones militares de Francia, y la influencia de actores extrarregionales como Rusia y China. De esta manera, la investigación afirma que la compleja realidad que atraviesa el Sahel Occidental solo puede ser entendida al analizar la conjunción entre dinámicas locales, regionales y globales. Asimismo, resalta la importancia de repensar la colonialidad y la participación de la población y autoridades africanas, más allá de los estándares occidentales, en el establecimiento de su propia agenda.

Palabras clave: Sentimiento antifrancés, Françafrique, golpes de Estado, Postcolonialismo, Sahel Occidental.



Abstract

France's influence on the African continent remains a constant, persisting even after the independence of African states through the "Françafrique" system. Although these Franco-African ties once appeared unbreakable, recent years have witnessed a growing anti-French sentiment, whose most acute manifestation has been the wave of coups d'état sweeping across the Western Sahel. Burkina Faso, Mali, and Niger serve as particularly relevant case studies for analyzing this dynamic. These neighboring countries formed the Alliance of Sahel States (AES), openly rejecting French intervention in their territories, which they consider a symbol of inequality and subjugation. This research seeks to understand the factors that enabled the politicization of historical anti-French sentiment, resulting in the legitimization of military coups and subsequent measures taken by military juntas. Following a postcolonial approach, the investigation analyzes the interaction between jihadist groups and local populations, French military interventions, and the influence of extra-regional actors such as Russia and China. The research thus asserts that the complex reality facing the Western Sahel can only be understood by analyzing the conjunction of local, regional, and global dynamics. Moreover, it emphasizes the importance of rethinking colonialism and the participation of African populations and authorities, beyond Western standards, in establishing their own agenda.

Keywords: Anti-French sentiment, Françafrique, Coups d'État, Postcolonialism, France, Western Sahel, Burkina Faso, Mali, Niger.



Índice de contenidos

Introducción.....	1
Estrategia de investigación	6
Capítulo 1: Marco teórico	11
1.1. Enfoques postcoloniales	12
1.2. Desarrollo del postcolonialismo en el continente africano.....	14
Capítulo 2: Antecedentes	18
2.1. Inestabilidad política en el Sahel Occidental.....	18
2.2. La Françafrique en el siglo XXI	20
2.3. Golpes de Estado y sentimiento antifrancés	23
Capítulo 3: Grupos yihadistas en el Sahel Occidental.....	27
3.1. Panorama actual	27
3.2. Formación del tejido social tras los grupos yihadistas.....	29
3.3. Mecanismos de expansión y reclutamiento.....	32
3.4. El sentimiento antifrancés en la narrativa yihadista.....	35
Capítulo 4: Intervenciones militares francesas en el Sahel Occidental	38
4.1. Contexto histórico de las intervenciones	38
4.2. Situación tras la crisis en Mali	39
4.3. Lógica tras las intervenciones	42
4.4. Balance de las intervenciones.....	45
4.5. Impacto de las intervenciones en el sentimiento antifrancés	48
Capítulo 5: Influencia de actores no occidentales	51
5.1. Contexto de la influencia no occidental en el Sahel	51
5.2. Influencia de Rusia en el Sahel Occidental	53
5.3. Influencia de China en el Sahel Occidental.....	57
5.4. Propaganda e impacto en el sentimiento antifrancés.....	61
Conclusiones	63
Epílogo	69
Referencias bibliográficas.....	71
Lista de siglas.....	79

Índice de figuras

Figura 1. Global Terrorism Index 2014..... 46
Figura 2. Global Terrorism Index 2019..... 46



Introducción

La presente investigación realiza un análisis de los factores tras la politización del sentimiento antifrancés en el Sahel Occidental, región en la que dicho sentimiento ha tomado un rol preponderante como principal motivación para la ejecución de golpes de Estado y cambios en la política exterior de los Estados africanos. Este estudio analiza la llamada epidemia de golpes de Estado iniciada con el golpe atravesado por Mali el 8 de agosto de 2020, como punto de partida, para evidenciar los resultados y materialización del entramado proceso de politización del sentimiento antifrancés en el Sahel Occidental en las últimas décadas. Así, se busca dar respuesta a la interrogante cada vez más común entre los medios de comunicación occidentales respecto a que hay detrás de las narrativas antifrancesas de las juntas militares golpistas enmarcadas en el contexto contemporáneo de convulsión local, regional y global.

Dicha pregunta parte del reconocimiento del rol esencial de la agencia misma de los Estados africanos y su población en este proceso de politización, superando la dominante percepción occidental respecto a la pasividad de los actores africanos en este proceso. Es por ello, que la hipótesis del presente trabajo resalta cómo la conjunción de factores regionales e internacionales puede facilitar la politización de cuestiones preexistentes y arraigadas en las sociedades africanas, como el sentimiento antifrancés. Por ello, se examinará la interacción entre grupos yihadistas y la población civil de los estados en cuestión, así como las repercusiones mismas de la política exterior francesa y la influencia de estados no occidentales en la región.

El sentimiento antifrancés ha sido una constante en la historia de los Estados africanos, incluso antes del inicio de su historia como estados independientes. No obstante, los recientes golpes de Estado y las consecuentes medidas que han tomado las juntas militares en el poder de los estados del Sahel Occidental representan un punto de inflexión debido a las materializadas muestras de rechazo a la influencia francesa que han encabezado. Como se mencionó, el sentimiento antifrancés ha sido el componente compartido en los discursos tras los golpes de Estado. Sin embargo, la influencia de este no se ha limitado a elementos meramente discursivos; por el contrario, mediante un complejo proceso de politización ha logrado movilizar a la población y determinar políticas concretas. La politización es entendida en la presente investigación como un complejo proceso de interacción

entre una gran diversidad de actores, quienes identifican ciertas situaciones como agravios, movilizan apoyos, posicionan dicho conflicto en la agenda pública y eventualmente piden soluciones específicas.

En ese sentido, es posible entender cómo la interacción entre los agentes previamente mencionados ha llevado a que el sentimiento antifrancés hoy sea uno de los temas más importantes de la agenda política en el Sahel Occidental y como dicho posicionamiento llevó a la toma de medidas sumamente duras en rechazo a Francia. Algunas de las medidas más resaltantes son: la expulsión de agregados militares y diplomáticos franceses y la solicitud de retiro de la Comunidad Económica de Estados de África Occidental (CEDEAO) por considerarla una organización más alineada con los intereses franceses que con los propios de la región.

Las recientes medidas tomadas por las juntas militares han hecho que resuene entre diversos medios de comunicación supuestos sobre el fin de la era de la *Françafrique*¹. La especial atención de estos medios de comunicación occidentales demuestra un reconocimiento explícito sobre la intensidad de las medidas y la modificación en la materialización del histórico sentimiento antifrancés, presente en la región de manera notoria desde la década de los cincuenta y sesenta durante el proceso de descolonización. En la década de los cincuenta ya eran múltiples las manifestaciones en contra de las potencias colonizadoras, y entre 1960 y 1962, donde la mayoría de Estados africanos obtuvieron su independencia, ascendieron muchos líderes nacionales que apelaban al título de antiimperialistas (Hobsbawn, 1994). En Mali, Modibo Keita tomó el liderazgo y demostró su decepción ante la influencia francesa en su acción. Con ello, Keita extendió una narrativa de reivindicación nacional en términos culturales, raciales y religiosos, así como serias reclamaciones respecto a la necesidad de mejorar la situación económica y social a la que fueron sometidos por Francia.

El sentimiento antifrancés se remonta a aquellas décadas y ha sido un *continuum* en la región del Sahel Occidental desde entonces. No obstante, el fenómeno de rechazo a la influencia francesa actual es diferente a las dinámicas previas en la región, pues pocas veces se ha evidenciado una politización tan clara como en los últimos años. El convulso proceso de politización ha tenido como

¹ La narrativa que anuncia el fin de la *Françafrique* está muy presente en medios de comunicación desde el 2023, años en el que se publicaron: “La lenta muerte de la *Françafrique*” en *El Grand Continent*, “El fin de la ‘*Françafrique*’: la epidemia de golpes de Estado entierra una era de influencia francesa en África” en *El País*, y “*Françafrique* ¿C’est fini?” en *La Vanguardia*.

principal muestra de materialización los golpes de Estado, los cuales no pueden ser vistos meramente como casos independientes o solo un ejemplo de efecto domino. Si bien es innegable la influencia que tienen los acontecimientos de un estado vecino en el resto de la región, los golpes suscitados desde 2020 y de manera particular las medidas que han tomado las juntas militares desde 2023 reflejan ser parte de un solo proceso mucho más complejo de politización regional.

El sentimiento antifrancés involucra reflexiones sumamente sensibles en torno a si el periodo de colonización realmente terminó cuando los estados se declararon formalmente independientes o si la dominación sigue presente hasta nuestros días. Estas reflexiones son complejizadas en el contexto actual, en el que no solo intervienen las clásicas potencias colonizadoras europeas, sino también potencias no occidentales que demuestran cada vez más interés en la región y actores no estatales como grupos yihadistas que se han apropiado de las luchas y necesidades históricas de la población (Raineri y Strazzi, 2017).

Enmarcados en este contexto de suma complejidad, múltiples medios de comunicación han anunciado un aumento del sentimiento antifrancés; sin embargo, no existen los instrumentos necesarios para comprobar, definir y medir su intensidad. Ante esta ausencia de instrumentos, la examinación de casos puede ser sumamente ilustrativa para entender la situación real en torno al sentimiento antifrancés. Los casos analizados en la presente investigación son Mali, Burkina Faso y Níger, ya que el fenómeno de politización actual demuestra no ser únicamente nacional; por el contrario, ha seguido una tendencia regional, especialmente formalizada entre los mencionados Estados miembros de la Alianza de Estados del Sahel (AES). Desde la conformación de dicha alianza en septiembre de 2023, Mali, Burkina Faso y Níger han ejercido en conjunto las medidas más contundentes de rechazo a la influencia francesa en la región (Africa Research Bulletin, 2022).

Las particularidades de los casos van más allá de lo abordado por los tradicionales medios de comunicación referente a los golpes de Estado y la posible autocratización de la región; pues, como lo señala Sigh (2014), la inestabilidad política y los golpes de Estado son la mayor constante en el continente africano en general, ya que casi el 80% de estados del continente han sufrido por lo menos un golpe de Estado desde su independencia. La peculiaridad compartida por estos tres casos es la politización del sentimiento antifrancés detectada en los discursos

usados por las juntas militares en el poder, así como las posteriores acciones en rechazo de la influencia francesa que les han otorgado legitimidad entre su población. De hecho, como menciona Ogou (2023) muchas de las medidas como la expulsión del embajador francés en Níger y de las tropas francesas en Burkina Faso y Mali fueron anteceditas y respaldadas por la movilización de la población.

La movilización ha sido un elemento clave para la posterior materialización de medidas concretas de rechazo a la influencia francesa, lo cual revela que ni los golpes de Estado *per se*, ni las medidas adoptadas posteriormente son eventos esporádicos. Por el contrario, responden a un proceso de politización del sentimiento antifrancés mucho más complejo y de largo plazo. Es por ello por lo que se busca responder a la pregunta de ¿qué factores han permitido la politización del sentimiento antifrancés en el Sahel Occidental demostrada desde el año 2020 hasta la actualidad? La presente investigación sostiene que es la interacción, conjunción y superposición de dinámicas locales, regionales e internacionales, las que permiten la politización de cuestiones preexistentes y arraigadas en las sociedades africanas, como el sentimiento antifrancés. Por ello, se examinará la interacción entre grupos yihadistas, la política exterior francesa en la región durante las últimas décadas y la mayor presencia de estados no occidentales en el Sahel Occidental, con la sociedad civil y las antiguas élites gobernantes.

Los factores previamente mencionados han sido los más relevantes en el fenómeno de estudio, pero sin duda no son los únicos. Este análisis no pretende reducir de ninguna manera el complejo proceso de politización únicamente a los factores antes mencionados, pues reconoce que en el contexto en que se politiza el sentimiento antifrancés en Mali, Burkina Faso y Níger interactúan una gran diversidad de actores y dinámicas locales, regionales y globales. Estos factores solo pretenden guiar la discusión del proceso de politización del sentimiento antifrancés desde una perspectiva postcolonial, entendiendo el espacio internacional como una oportunidad para que los estados tradicionalmente marginados puedan buscar alternativas de resistencia.

En esta línea, el principal objetivo de la presente investigación es entender comprensivamente los factores que permitieron el proceso de politización del sentimiento antifrancés. Para ello, toma como punto de inflexión los golpes de Estado suscitados en la región desde el año 2020. Este enfoque explora, en el campo de las relaciones internacionales, el desarrollo de las relaciones bilaterales

entre Francia y sus excolonias africanas, evaluando el legado y vigencia de la *Françafrique*. Asimismo, dicho enfoque profundiza el entendimiento de las dinámicas de articulación regional en un contexto tan inestable como lo es la región del Sahel, evaluando las deficiencias de los intentos previos de coordinación como el G5² y la actual Alianza de Estados del Sahel que está demostrando más resistencia y capacidad de la que inicialmente preveían muchos analistas.

Adicionalmente, la presente investigación tiene como objetivo específico explorar las tendencias respecto a los cambios en las relaciones postcoloniales y la implicación de factores históricos y coyunturales en el eventual resquebrajamiento total de las relaciones. El proceso de politización del sentimiento antifrancés en los estados bajo estudio, permitirán analizar la evolución de las orientaciones en política exterior de los estados del Sahel Occidental, con la cada vez mayor inserción de potencias no occidentales en la zona. Una investigación de este tipo es de utilidad para evaluar el impacto de tendencias globales como el relativo declive de occidente y la actuación de potencias emergentes en contextos particulares como el africano. El desarrollo de estas dinámicas a escala regional puede aportar mucho en el entendimiento de las relaciones postcoloniales y el alineamiento a potencias emergentes del último siglo.

Finalmente, el presente trabajo posee como segundo objetivo específico el contraste de las narrativas de los principales medios de comunicación, en su mayoría occidentales, respecto a la materialización del sentimiento antifrancés. Con este propósito en cuenta, el análisis incorporará perspectivas locales, regionales e internacionales que permitan develar la veracidad de las afirmaciones compartidas por los ya referidos medios de comunicación y con ello vislumbrar la complejidad del proceso de politización tras las recientes muestras de sentimiento antifrancés en el Sahel Occidental.

En suma, la presente investigación analiza un fenómeno coyuntural de suma importancia para el sur global relacionado con los cambios en los vínculos coloniales en el contexto contemporáneo. Este fenómeno no puede ser entendido únicamente desde una perspectiva nacional, pues como evidencian los casos aquí analizados,

²La Fuerza Conjunta del Grupo de los Cinco del Sahel (Force conjointe du G5 Sahel o FC-G5S) fue creada en 2017 por Burkina Faso, Chad, Malí, Mauritania y Níger, para responder a la expansión de los grupos extremistas armados y violentos, y al deterioro de las condiciones de seguridad en la región. En 2023, se anunció el inminente proceso de disolución de la alianza tras las sucesivas renuncias de 3 de los 5 miembros fundadores, Mali, Burkina Faso y Níger, en ese orden respectivo.

los cambios en las relaciones coloniales tienden a regionalizarse. Es por ello, que la presente investigación se enmarca en el campo de las relaciones internacionales y busca permitir que en él, se profundicen desde una perspectiva del sur global como procesos locales, regionales y globales pueden encontrar una intersección. La investigación es sin duda un mecanismo para cuestionar y repensar las limitaciones que enfrentan muchos estados del sur global en cuanto a sus relaciones coloniales, incluyendo a los estados latinoamericanos. El contexto actual pone en relieve las experiencias compartidas entre nuestras regiones pertenecientes al sur global y nos invita a incrementar nuestros esfuerzos de investigación en esta área, con el propósito de superar la mirada eurocéntrica y compartir entendimientos propios.

Estrategia de investigación

Este trabajo es en esencia cualitativa, pues explora de manera sustancial las dinámicas tras la politización del sentimiento antifrancés partiendo sobre la base de la vasta literatura respecto a los vínculos francoafricanos y la aún escasa literatura respecto al resquebrajamiento de dichos vínculos en la actualidad. Para entender el proceso de politización reciente, la investigación se enfocará en los principales factores de inflexión en los últimos años que han permitido la formación de la coyuntura actual, otorgando mayor margen de maniobra a los Estados africanos. El valor de la metodología cualitativa para este trabajo reside en su flexibilidad para analizar tanto factores materiales como la implementación de políticas concretas, así como elementos discursivos, los cuales son claves para la construcción de cualquier sentimiento e identidad colectiva. Con esta estrategia es posible ampliar nuestro entendimiento respecto al sentimiento antifrancés, su evolución en el tiempo y últimas etapas de politización con la materialización de las medidas de los Estados miembros de la Alianza de Estados del Sahel.

Para la comprensión del proceso de politización del sentimiento antifrancés, será pertinente partir de la construcción de sentimientos mencionada por İşleyen (2023), la cual involucra emociones históricamente cultivadas que impactan en cómo los estados u otras asociaciones colectivas actúan hacia objetos, eventos y sujetos. En ese sentido, el sentimiento antifrancés es entendido como una concepción enraizada en la historia colonial de los Estados africanos, que en la actualidad encuentra sus más claras manifestaciones de rechazo ante cualquier intervención francesa, ya sea de manera formal o informal. La politización de dicho sentimiento, siguiendo las etapas ideales propuestas por Vallés (2000), involucra la identificación

de injusticias históricas en las relaciones franco-africanas, la concientización, expresión y movilización de los colectivos en torno a las demandas referentes al cese de la influencia francesa en la región y la materialización de este rechazo mediante los golpes de Estado y las posteriores medidas de las juntas militares en turno. Examinar este sentimiento es una tarea meramente cualitativa, particularmente cercana al análisis del discurso de las autoridades africanas previas, las juntas militares actuales, la población movilizada en torno a las demandas y los medios de comunicación regionales.

En primer lugar, la presente investigación considera pertinente analizar el rol de actores no estatales, como los grupos yihadistas que, pese a enfrentar una fuerte contraposición estatal e internacional, han ganado mayor terreno, particularmente en la trifrontera entre Mali, Burkina Faso y Níger. Los grupos yihadistas han complejizado la ya debilitada gobernanza de los estados. Grupos como el Movimiento para la Unidad y la Yihad en África Occidental (MUJAO) y Jama'at Nusrat al-Islam wal-Muslimin (JNIM) han adquirido un carácter transnacional distintivo que, como lo señalan Raineri y Strazzi (2017), pese a su fragmentación y volatilidad interna, demuestran un cálculo estratégico oportunista que les ha permitido perdurar hasta la actualidad.

El MUJAO, el JNIM y otros movimientos yihadistas en la región han aprovechado las limitaciones de las autoridades estatales formales para responder a las necesidades de la población y así presentarse como iguales capaces de responder de manera genuina a las aspiraciones indígenas y en rechazo a los modelos coloniales (Raineri y Strazzi, 2017). Estos movimientos han propiciado una narrativa coherente de sentimiento antifrancés basado en las debilidades, divisiones y agravios preexistentes, vinculados a la débil institucionalidad de los gobiernos locales y a los conflictos en torno a la accesibilidad de pastizales.

Con el propósito de profundizar el entendimiento de estas dinámicas, la presente investigación analiza en primer lugar datos estadísticos respecto a la actividad yihadista en el Sahel Occidental. Este tratamiento de fuentes primarias permite dimensionar adecuadamente la expansión de estos grupos, sus capacidades e influencia real en el de politización del sentimiento antifrancés. En segundo lugar, la investigación realiza una revisión de fuentes secundarias referidas al accionar yihadista en el Sahel Occidental, su evolución en el tiempo, sus bases

ideológicas, su lógica de reclutamiento y expansión y su vinculación directa con la narrativa antifrancesa.

En segundo lugar, la investigación aborda las intervenciones francesas en el Sahel Occidental. Estas intervenciones no son nada nuevas en la región, pues desde la independencia de los Estados africanos en la década de los sesenta, la política exterior francesa en África se ha caracterizado por una constante presencia militar. Estas intervenciones, pese a su constancia, no han sido implementadas de manera lineal. Desde 2012, con la crisis multidimensional iniciada en Mali a causa de la violencia de los grupos yihadistas, las intervenciones francesas en el marco de la Unión Europea han aumentado con el doble propósito de evitar un masivo flujo de migrantes hacia su territorio e impedir la difusión de la narrativa de los grupos yihadistas que consideran a las potencias europeas como sus enemigos (Boserup y Martínez, 2018).

De manera particular, las operaciones Serval y Barkhane, como mencionan Powell (2017) y Ògúnmọ̀ dẹ̀dẹ̀ (2021) marcaron un precedente en la región debido a su gran envergadura, con el despliegue de más de cinco mil soldados, y a los lascivos resultados que provocaron en la región. Un informe del bufete de abogados internacional Stoke White documentó que los ataques aéreos franceses en una aldea del centro de Malí, aparentemente dirigidos a insurgentes, en cambio, alcanzaron una boda y mataron a 19 civiles inocentes (Ògúnmọ̀ dẹ̀dẹ̀, 2021). Los resultados y la misma implementación de las intervenciones francesas han demostrado, para la población civil y los líderes de las juntas militares que tomaron el poder, una muestra importante del paternalismo con el que se suelen construir las políticas desde los estados europeos (İşleyen, 2023).

Para reconstruir efectivamente el proceso de politización del sentimiento antifrancés el presente documento analiza múltiples fuentes respecto a las intervenciones militares francesas a fin de reconstruir una narrativa histórica que profundice en el diseño, resultado y recepción de las intervenciones. Sobre este recorrido histórico también se contrastan fuentes primarias y secundarias. La revisión de fuentes primarias incluyó múltiples datos estadísticos y reportes específicos en torno a las intervenciones militares francesas en las últimas décadas, así como declaraciones de las élites gobernantes de los estados del Sahel al momento de recibir dichas intervenciones. Por su parte, el contraste con otras

fuentes secundarias también incluyó una revisión de las principales narrativas de los medios de comunicación al respecto.

En tercer lugar, como un último factor de relevancia para el análisis del proceso de politización, la investigación analizó el aumento de la influencia de estados no occidentales en el Sahel Occidental. Enmarcando dicha influencia en la tendencia global de relativo declive de los tradicionales poderes occidentales y la emergencia de poderes no occidentales. Bajo esta tendencia global es posible entender que la pérdida de efectividad de las intervenciones de Francia, la Unión Europea o Estados Unidos en los estados analizados y el incremento en la presencia de otros actores como Rusia y China, como opciones para superar la dependencia occidental, no es solo una particularidad en la región sino una tendencia de orden sistémico.

El incremento de influencia de estos estados no occidentales ha permitido la politización del sentimiento antifrancés, en la medida que ha permitido que los Estados africanos vislumbren que tienen otras opciones. No obstante, este análisis también considera pertinente contrastar la verdadera influencia de estos estados alternativos con las narrativas tradicionales promovidas por el presidente Emmanuel Macron, quien ha responsabilizado por completo de las recientes muestras de sentimiento antifrancés a potencias extranjeras como Rusia, señalándola como promotora e incluso financiadora de las críticas hacia la intervención francesa, causando la generalización de tal sentimiento (Ruitenbergh, 2020).

La presencia de actores no occidentales ha aumentado en los últimos años en la región, aunque ésta dista mucho de ser una completa injerencia, como advierte Francia. En la mayoría de los casos, la influencia de actores como China y Rusia está limitada a sectores específicos y con una maquinaria muy reducida, y responden también a los intereses y agendas de los Estados africanos, los cuales no son simples receptores, como la narrativa francesa asume. Siguiendo a Ndinga-Muvumba y Corkin (2009) las recientes vinculaciones entre los Estados africanos y actores como China responden de manera directa a la agenda e intereses de los Estados africanos, quienes ven en China una opción atractiva, pues les ofrece los mismos beneficios que Occidente, pero sin sus condicionamientos relacionados con la democracia.

Para dimensionar adecuadamente la influencia de la presencia de potencias no occidentales en la politización del sentimiento antifrancés, se contrastan diversas

fuentes primarias y secundarias, diferenciando los elementos materiales y discursivos en cada punto del análisis. La revisión de fuentes primarias incluye datos específicos respecto a los promedios de flujos financieros, inversiones y préstamos con la región, número de intervenciones militares, tropas y armamento proveniente de estos países, así como elementos discursivos en las declaraciones de las autoridades. Por su parte, la revisión de fuentes secundarias incluye una revisión de la literatura previa respecto a las relaciones de los estados del Sahel Occidental con potencias no occidentales, así como las principales narrativas de los medios de comunicación al respecto. Ello con el propósito de dimensionar adecuadamente la influencia de dichos actores en la formación de la coyuntura crítica actual que ha permitido la politización del sentimiento antifrancés, y así evitar sobreestimar o culpabilizar únicamente a poderes extrarregionales de las medidas tomadas por los estados del Sahel Occidental.

En suma, los métodos de recolección de información se basan en primer lugar en la revisión de datos empíricos sobre los resultados de las intervenciones francesas en el Sahel tanto a nivel militar como económico, así como datos sobre la inserción de potencias no occidentales como Rusia y China en sus diferentes esferas. Asimismo, se contrastarán dichos datos empíricos con las declaraciones y discursos de las autoridades africanas previas a los golpes de estados, así como de las juntas militares resultantes. En segundo lugar, se analizan diversas fuentes secundarias provenientes tanto de la literatura especializada como el abordaje de los principales medios de prensa de Níger, Mali y Burkina Faso con el propósito de analizar cómo ha sido construida la percepción pública y qué tan generalizada ha estado en los últimos años.

Capítulo 1: Marco teórico

Las relaciones internacionales como campo teórico han sido pensados originalmente desde el norte global, es por ello que si bien los primeros debates teóricos del campo supusieron enormes avances en cuanto al entendimiento de la realidad internacional aún presentaban vacíos significativos al tratar de explicar las particularidades de los contextos del sur global (Spivak, 1988; Nogueira y Messari, 2005; Acharya, 2011; Galindo, 2013). Es en este contexto, en el que aparecieron los estudios postcoloniales en las ciencias sociales en general durante la década de los noventa, como mecanismo de contestación ante los tradicionales estudios eurocéntricos.

Este interés por superar las estructuras de dominación ha sido compartido tanto por enfoques postcoloniales, como por enfoques decoloniales y anticoloniales, los cuales, si bien guardan relación entre sí, tienen bases y propuestas diferenciadas. En primer lugar, los enfoques postcoloniales fueron desarrollados especialmente en la década de los noventa en África y Asia, pero sientan sus bases en la década de los ochenta con estudios como el de Edward Said (1978) respecto al orientalismo. Desde entonces, los enfoques postcoloniales se caracterizaron por su crítica cultural, social y política a las estructuras coloniales, incluso post-independencia. Por su parte, los enfoques decoloniales surgieron en el contexto latinoamericano entre la década de los noventa e inicio de los dos mil, con pensadores como Walter D. Mignolo y Aníbal Quijano. Este enfoque, al igual que el postcolonialismo, propone una ruptura epistémica con el eurocentrismo como parte de las estructuras de poder del colonialismo, pero desde un enfoque mucho más estructural que cultural. Finalmente, los enfoques anticoloniales surgieron en el Siglo XX con el propósito de promover luchas de liberación nacional. Este enfoque está más orientado en la acción que los enfoques postcoloniales o decoloniales, a través de la resistencia activa contra el colonialismo.

Estos enfoques no son excluyentes y tienden a superponerse. Es por ello que, pese a que la presente investigación se centra especialmente en los enfoques postcoloniales, debido a la utilidad de su perspectiva cultural para el análisis del sentimiento antifrancés, también se nutrió de los principales aportes de los enfoques decoloniales y anticoloniales. Uno de los elementos centrales del decolonialismo de gran utilidad en esta investigación es el concepto de “colonialidad del saber” expresado por Quijano (2000) para explicar cómo el área del conocimiento también

puede ser usada como campo de dominación hegemónica, lo cual es ejemplificado en cómo enfoques eurocentristas han hecho que las estructuras coloniales persistan pese al fin formal del colonialismo. Con ello denota, que el poder va más allá de las capacidades materiales o las formas explícitas de dominación. El poder para Quijano (2000) está íntimamente relacionado con cuestiones subjetivas, las cuales mediante las teorías tradicionales de las relaciones internacionales han buscado controlar la forma en que los individuos se perciben a sí mismos y al mundo.

1.1. Enfoques postcoloniales

El postcolonialismo como esfuerzo intelectual es una modalidad performativa de revisionismo crítico que busca revalidar el pasado colonial y sus legados en el presente (Wilkens, 2017). Debido a su carácter bifocal, el particular enfoque del postcolonialismo es de suma utilidad para comprender el cada vez más notorio sentimiento antifrancés que manifiestan los estados del Sahel Occidental. Este carácter bifocal, como menciona Wilkens (2017), hace referencia al enfoque particular del postcolonialismo de analizar empíricamente las relaciones de poder postcoloniales; mientras que, busca derivar estrategias normativas para resistir y descolonizar las experiencias dominantes. Estos enfoques tienden a resaltar como ciertos sectores han sido históricamente silenciados no solo dentro de las estructuras de poder, sino también en las estructuras de conocimiento. Mediante el concepto de "violencia epistémica", acuñado por Spivak (1988), se detalla cómo las teorías occidentales marginan y silencian otras formas de saber por su tendencia a homogeneizar y simplificar la experiencia del "otro". Los enfoques postcoloniales reflexionan en este sentido, repensando las maneras en las que los actores y estados subalternos pueden superar las estructuras de poder y de conocimiento.

El postcolonialismo no es de ninguna manera una teoría homogénea; por el contrario, ha presentado constantes debates internos, pero, con su reciente popularidad en el siglo XXI, ha sido posible denotar algunos axiomas comunes que se detallan a continuación.

En primer lugar, gran parte de los estudios postcoloniales sostienen que, pese al fin formal del control directo del colonialismo, las estructuras de su régimen siguen caracterizando las relaciones de poder modernas, lo que es mencionado por autores como McClintock (1992) como un "imperialismo sin colonias". Basado en ello, es que su análisis se basa en una posición no occidental y contra hegemónica que enfatiza

el impacto de la colonización en la formación de la realidad pasada y actual en aspectos tanto materiales como ideacionales (Galindo, 2013).

En segundo lugar, el postcolonialismo resalta el carácter cambiante de las relaciones y el poder colonial y como estas son capaces de resurgir en el tiempo (Appiah, 1996; Castro Varela y Dhawan, 2015). Es por ello que reúne constantes esfuerzos en favor de una mayor proactividad y muestras de resistencia, lucha y contestación de los estados previamente colonizados (Abrahamsen, 2003), con el objetivo de reformar la idea de que los estados del sur global son meros actores pasivos en el sistema internacional.

En tercer lugar, resulta importante destacar las dos principales genealogías del postcolonialismo: la construcción discursiva de identidades y sujetos coloniales, y las condiciones materiales postcoloniales. Estas dos vertientes demuestran la apertura y evolución que caracterizan a los estudios postcoloniales desde su aparición en la década de los ochenta (Darby, 2004). Los estudios postcoloniales más recientes aprovechan las décadas previas de investigación y se nutren de ambas genealogías, al igual que del diálogo teórico entre lo postcolonial y otras teorías críticas como el marxismo y la teoría de la dependencia, ya que las carencias de una pueden ser resueltas a través de un diálogo con las otras (Galindo, 2013).

Finalmente, es importante enunciar algunas de las principales críticas que reciben los estudios postcoloniales y sus esfuerzos por superarlas. Una de las principales desarrollada hasta la fecha, es que siguen reproduciendo el pensamiento occidental usando sus herramientas para la emancipación del mundo no occidental. Asimismo, como menciona Tiyambe (2019), es usual que se califiquen los estudios postcoloniales como excesivamente culturalistas y discursivos, dejando de lado los elementos materiales centrales en la teoría realista y la perspectiva marxista, donde la superestructura y realidad internacional forma la identidad colectiva. Dichas críticas han sido aceptadas y respondidas en gran medida por los recientes estudios postcoloniales, los cuales han integrado una perspectiva tanto discursiva como materialista en sus análisis de la realidad. En dicho análisis, han resaltado lo innegable e inevitable del uso de herramientas occidentales debido al contexto en el que se encuentran; no obstante, no descartan la posibilidad de creación de nuevas herramientas provenientes de sus particulares vivencias como muestra de resistencia.

Otra de sus principales críticas, señala la debilidad del postcolonialismo al no desarrollar una “comprensión a priori del comportamiento humano ni una explicación específica de la acción dentro de un área temática determinada de las ciencias sociales” (Wilkens, 2017, p. 2). Esta crítica es respondida por la misma terminología que se usa al referirse a este tipo de estudios. El hacer referencia a “enfoques” y “perspectivas” postcoloniales en lugar de una “teoría” postcolonial, demuestra la clara diferencia entre sus pretensiones y las enarboladas por las teorías clásicas de relaciones internacionales. Los enfoques postcoloniales no pretenden ser un cuerpo teórico coherente y unificado, por el contrario, priorizan la diversidad de ideas, conceptos, metodologías y voces según las realidades locales donde se generan (Chakrabarty, 2000; Hall, 1995; Loomba, A. 2015). Así también, los enfoques postcoloniales manifiestan una importante resistencia a la sistematización y universalización teórica al considerar que crear una “gran teoría” podría reproducir las mismas estructuras de poder y conocimiento que los estudios postcoloniales buscan desafiar (Spivak, 1988). En suma, el uso de “enfoques” y “perspectivas” refleja un reconocimiento de la complejidad y diversidad de las dinámicas contestatarias de los estudios postcoloniales.

1.2. Desarrollo del postcolonialismo en el continente africano

En África, los enfoques postcoloniales han adquirido especial popularidad, adoptando sus propias particularidades y debates. Hitchcock (1997) señala cómo la lucha anticolonial no ha parado dentro y fuera de los Estados africanos desde su independencia; y, por el contrario, la lucha por la independencia económica, política y cultural ha sido una constante en la región. Esta premisa ha permitido que el neocolonialismo sea ampliamente explorado en el contexto africano, entendiéndolo en palabras de Nkrumah (1965) como la situación en la que un Estado, en teoría independiente y que posee todos los atributos de soberanía internacional, en realidad es dirigido desde fuera al tener su sistema económico y político comprometidos. Rahaman, Yeazdani y Mahmud (2017) explican que poco ha cambiado después de la independencia de los Estados africanos, exceptuando los mecanismos y color de los exploradores, pues las dinámicas de explotación y corrupción siguen perennes, refinándose y ocasionando cada vez más inestabilidad política en la región. Los estudios postcoloniales recientes han abordado el neocolonialismo, particularmente en términos materiales, con el franco CFA como

elemento clave del sistema de la *Françafrique* que ha ocasionado tanto dependencia económica como política de los Estados africanos miembros (Taylor, 2019).

Los más recientes estudios postcoloniales confirman la advertencia que Graham Huggan realizaba en 1997 al mencionar que “vivimos en tiempos neocoloniales, no postcoloniales” (citado en Parashar y Schulz, 2021, p. 870), lo que explica la mayor importancia que posee el deseo de afirmar la soberanía sobre el pasado para las sociedades y los Estados africanos postcoloniales. Ello sigue lo mencionado por Kwame Nkrumah, en 1956, referente a que la mejor manera de aprender a ser un estado soberano independiente es empezar a serlo (citado en Taylor, 2019). Han pasado 67 años desde entonces y pareciera que es ahora donde el impulso de los países por ser en esencia independientes ha aumentado.

Los cambios en el orden global también han impactado en los estudios postcoloniales, extrapolarlo el neocolonialismo y cuestionando si el ascenso de actores no occidentales como China o India es realmente una oportunidad para desafiar el orden eurocéntrico hegemónico dominante o si dicho ascenso solo perpetúa las desigualdades inherentes del sistema (Parashar y Schulz, 2021). En torno a esta última posibilidad, Parashar y Schulz (2021) recuerdan ir más allá de las narrativas políticas detrás del ascenso de China e India, pues como su propio desarrollo se ha basado en la agenda neoliberal, no sorprende que internalicen dinámicas enfocadas en el mercado, la explotación de recursos naturales y la subordinación de estados soberanos.

Asimismo, otro aporte relevante es el que sostiene Vivienne Jabri (2013), quien argumenta que lo “internacional” es el lugar de encuentros postcoloniales que, basándose en la noción de hibridación de Bhabha, permiten que el sujeto colonial, ya sea en la forma de un Estado colonizado o de individuos, gane agencia. Bajo esta premisa, lo internacional puede ser entendido como un punto de encuentro en el que se vislumbran con claridad las interacciones sociales de los actores dominantes y subalternos, lo que inevitablemente lleva a encontrarse con lo que es para Sajed (2013) “posiciones subjetivas diferenciadas”. Si bien inicialmente estas posiciones contrapuestas en el complejo contexto de globalización pueden representar una dificultad, no queda duda de que, a largo plazo, significan una mayor amplitud de posibilidades para los estados tradicionalmente marginados, y con ello un mayor margen de maniobra para generar lecturas y respuestas alternativas.

Los elementos discursivos de los enfoques postcoloniales también son de suma utilidad en el contexto africano, pues, como menciona Said (1978), son los discursos hegemónicos los que por siglos han constituido la representación de la realidad mediante una producción binaria basada en la distinción entre oriente y occidente. Esta clase de discursos en palabras de Wilkens (2017) ejemplifican cómo el conocimiento puede convertirse en un modo de dominación a través de la construcción del “otro”. Entendiendo esta herramienta, es posible revalorizar el discurso referente al sentimiento antifrancés dominante en los últimos cuatro años en el Sahel Occidental como medio de resistencia, adecuándose a las mismas herramientas ofrecidas por occidente.

Adicionalmente, es de gran valor la lectura postcolonial respecto a la creación de afectos, los cuales son entendidos como “sentimientos y emociones históricamente cultivados que impactan en cómo los estados u otras asociaciones colectivas actúan hacia objetos, eventos y sujetos” (İşleyen, 2023, p. 369). Al politizarse, los afectos, sentimientos y emociones son capaces de movilizar a múltiples sectores de la población e incluso influenciar directamente en la elaboración e implementación de políticas públicas. Los sentimientos en un contexto tan convulso como el que vivimos hoy tienen gran valor, pues cimentan las bases de toda interacción social y se encuentran íntimamente relacionados con las experiencias históricas de la población (İşleyen, 2023). La relevancia de dichos vínculos históricos en la implementación de políticas se evidencia en el actuar de múltiples estados europeos, los cuales, mediante sus intervenciones, demuestran similitudes y continuidades con su pasado colonial (Hoijtink y Muehlenhoff, 2020). Los estudios postcoloniales más recientes enfatizan en las similitudes de las recientes intervenciones de la Unión Europea (UE) con los elementos paternalistas característicos del periodo de colonización.

Por otro lado, los elementos discursivos poseen un gran valor en sí mismos, pero también requieren de acciones concretas que capturen prácticas como resistir, organizar, movilizar, así como desarrollar amistades y establecer conexiones (citado en Darby 2016). La ejecución de dichas acciones nos lleva a pensar en el proceso de politización -- otro pilar teórico de la presente investigación -- de un elemento tan subjetivo como lo es un sentimiento. El proceso de politización, en el caso ideal, involucra cuatro etapas: “la identificación de una injusticia como una distribución desigual de valores y recursos, la toma de conciencia por los involucrados respecto

a la vulneración y la expresión de sus demandas para revertir la situación, la movilización de apoyos a las demandas establecidas, y el traslado de la situación al escenario público, reclamando la toma de decisiones que modifiquen el desequilibrio anterior” (Vallés, 2000, p. 26).

En la práctica, es usual que estas etapas ideales se solapen y reproduzcan múltiples tensiones, las cuales tendrán gran valor para analizar y contextualizar el proceso de politización del sentimiento en el Sahel Occidental. Este proceso de politización, tradicionalmente examinado por la ciencia política a escala nacional, puede complementarse con la reflexión postcolonial respecto a los encuentros postcoloniales en el espacio internacional. De esta manera, será posible reflexionar en torno a que “si el colonialismo fue un proyecto violento, los encuentros postcoloniales y decoloniales también desencadenan múltiples formas de violencia” (Parashar y Schulz, 2021, p. 872). Explorar la violencia involucrada en las tensiones detrás del proceso de politización del sentimiento antifrancés a raíz de los golpes de Estado suscitados en Mali, Burkina Faso y Níger permite repensar los enfoques preestablecidos sobre el orden y los procesos de politización involucrados detrás de cuestiones influyentes en un contexto sumamente complejizado por las dinámicas internacionales. De esta manera, será posible reflexionar sobre la violencia, el cambio, y otras formas de proceder extraídas de diferentes experiencias políticas.

Capítulo 2: Antecedentes

El Sahel Occidental es usualmente caracterizado como un espacio geográfico con ausencia de control y soberanía estatal (Bøås 2019). Términos como fragilidad estatal, inestabilidad, violencia crónica, crisis humanitaria y migraciones o desplazamientos a gran escala son los más comunes al referirse a los estados de Burkina Faso, Malí, y Níger. En los últimos años, dichos términos han cobrado especial vigencia, tomando en cuenta que “solo en esos estados, entre 2012 y 2019, ha habido 1.463 enfrentamientos armados, 4.723 civiles asesinados, a manos de 195 grupos armados violentos, en 1.263 localidades discretas” (Raleigh et al. 2021, p. 123). El umbral de violencia se encuentra posiblemente en uno de sus puntos más altos debido al accionar de redes criminales, grupos yihadistas, e intervenciones de potencias extrarregionales, pero también debido al mismo accionar de las fuerzas estatales. La crisis e inestabilidad que atraviesa la región en la actualidad es sumamente preocupante, pero no precisamente nueva. Explorar las dinámicas recientes que condujeron a esta situación requiere de la examinación de los antecedentes que hacen del Sahel Occidental el espiral de violencia que hoy conocemos.

2.1. Inestabilidad política en el Sahel Occidental

Una primera cuestión importante por abordar en esta investigación es la inestabilidad política que ha caracterizado al Sahel Occidental y el continente africano en general. Los golpes de Estado han sido una práctica sumamente común en el continente africano, pues entre 1930-1990 eran concebidos como la única forma para llegar al poder y por ello durante ese periodo ocurrieron más de 267 golpes o tentativas de golpes en la región (Té, 2014). Si bien el término de golpe de Estado es bastante ambiguo, Lerov y Souare encuentran puntos comunes en su definición y lo identifican como el intento de toma de poder por una minoría fuera de las reglas constitucionales y sin una participación masiva de la población (Té, 2014). Estos golpes son más que manifestaciones de debilidad estatal, son en sí mismos una muestra del legado colonial en las estructuras de poder. Los sistemas de gobierno de Mali, Níger y Burkina Faso, al igual que los demás países francófonos de África occidental, son hasta la actualidad réplicas del modelo francés, con un estatus central de las fuerzas armadas heredado y mantenido por líderes autoritarios en colusión con la asistencia externa de las fuerzas de seguridad (SFA) (Bøås, 2019).

Esta herencia institucional colonial, sumada a la arbitraria delimitación de fronteras y a los conflictos por recursos, demuestran que los golpes de Estado no son las causas de la inestabilidad regional, y que más bien son solo un síntoma de una situación de fragmentación mucho más grave.

La inestabilidad y fragmentación en la región son fenómenos de multi causalidad relacionada con factores domésticos como la estructura y organización de las instituciones, la corrupción entre las élites, factores históricos como la demarcación de fronteras e historia colonial, y factores externos como las intervenciones de actores extranjeros. Los factores externos, en los que en gran medida se basa la presente investigación, han tenido un gran impacto en la estabilidad o falta de ella en el continente africano como lo demuestran las intervenciones extranjeras presentes en los conflictos en Angola (1975-2002) y Costa de Marfil (2002-2007) (Te, 2014; Ani, 2021).

Y, aunque dichos golpes de Estado han sido una continuidad en todo el continente, lo han sido aún más en África Occidental, es precisamente en las subregiones más pobres y con débiles instituciones donde los golpes de Estado tienden a tener mayor éxito (Pryce y Tempo, 2023). Como menciona Wilén (2024) en los últimos cuatro años África ha visto 16 intentos de golpes de Estado, de los cuales 9 fueron exitosos. Estos 9 golpes exitosos son parte de la catalogada “epidemia de golpes de Estado” y ocurrieron específicamente en el Sahel, región especialmente azotada por la violencia y crisis multidimensional (Wilén, 2024).

En el siglo XXI, múltiples Estados africanos han intentado seguir con el modelo de democratización occidental, y aunque por momentos aprecian lograr avances con este propósito, en el largo plazo demostraron reveses significativos. El caso de Burkina Faso es ilustrativo, pues como señala Bøås (2019) desde el golpe de Estado que provocó la muerte de Thomas Sankara en 1987 hasta el levantamiento popular que tuvo lugar en 2014, Burkina Faso estuvo bajo el gobierno de Blaise Compaore, quien mantuvo a su país fuera del conflicto. No obstante, desde 2014 hasta la actualidad no solo sufrió más de un golpe de estado, sino que se convirtió en el país más afectado por el terrorismo. Esta situación demuestra que la aplicación de recetas de democratización occidental resultan poco efectivas e incluso contraproducentes en el contexto africano. Las exigencias internacionales para que los Estados africanos sigan el modelo de democratización, no solo no han funcionado, sino que han incentivado narrativas alternas que ven estas exigencias

como una pérdida de soberanía frente a la que deben luchar. Esta situación ha hecho que otras formas y actores se sumen al cúmulo de inestabilidad y aumente la conflictividad, como lo demuestran los 630 conflictos armados estatales y no estatales atravesados por la región entre 1990 y 2015 (Williams, 2017). En el contexto actual, dichos conflictos tienden a internacionalizarse y afectar regiones enteras.

2.2. La Françafrique en el siglo XXI

El sentimiento antifrancés, como cualquier sentimiento, posee raíces históricas, por lo cual resulta imprescindible realizar un análisis previo respecto a la relación de Francia con sus antiguas colonias africanas. Francia ha sido una de las potencias más involucradas en el continente africano, cuya influencia no se limita a su pasado colonial (Chafer, 2001; Cumming, 2005; Dozon, 2003; Médard, 2005; Mbembe, 2010; Thomas, 2013; Verschave, 1998; Willis, 2014), por el contrario, su impacto ha trascendido la descolonización y sigue presente en el siglo XXI.

Francia posee en intereses multifacéticos en los Estados africanos, especialmente notorios al remontarnos al proceso de descolonización sobre el que autores como Smith (2017) reflexionan ampliamente, presentando la diversidad de visiones contextuales y contingentes que poseía Francia en torno al proceso de descolonización impulsado por el fin de la Segunda Guerra Mundial. Es en este período de incipiente independencia en el que aparece uno de los términos más usados en la literatura para referirse a las relaciones Francia-África post-descolonización, "*Françafrique*". Dicho concepto se refiere a las conexiones entre Francia y sus excolonias, autores como Bovcon (2011) en un sentido neutral lo identifican únicamente como una referencia a la zona de influencia francesa. No obstante, a partir de la década de 1990 dicho concepto adquirió una fuerte connotación negativa que asociaba dichas conexiones como una forma más de perpetuar la dependencia y el subdesarrollo (Rieker, 2017).

Pese a las repetidas críticas al respecto, los vínculos francoafricanos no han desaparecido, y, por el contrario, para muchos analistas como Andjembe, Eben, y Dalton (2022), parecen seguir reproduciendo prácticas neocoloniales. Dichas prácticas neocoloniales entendidas como acciones que refuerzan, reproducen, o crean dinámicas similares a las de la época colonial, pero con mecanismos más sutiles y sofisticados comprenden un amplio abanico de acciones como contratos comerciales desiguales que perpetúan la dependencia, influencia externa en

procesos políticos, préstamos condicionados, deudas externas que generan entrapamiento, marginación de saberes y tradiciones locales, salarios bajos en zonas de extracción de recursos e intervenciones militares bajo el pretexto de "estabilización". Para examinar las complejas implicaciones de la *Françafrique*, es necesario ahondar en el ámbito económico, político y militar en los que se expresa.

En primer lugar, la *Françafrique* ha sido abordada ampliamente por la literatura desde sus implicaciones económicas, particularmente respecto a la situación con la moneda de la Comunidad Financiera Africana (*Communauté Financière Africaine*, CFA). La CFA enmarca a 14 Estados africanos que usan el franco como moneda de intercambio, lo cual de manera clara vincula a Francia con la región africana y genera múltiples debates sobre las implicancias del vínculo. Mientras que, para algunos académicos (principalmente franceses), la CFA garantiza cierta estabilidad macroeconómica en la región africana, donde las agencias internas se encuentran ausentes y donde las agencias externas demuestran limitaciones (Yates, 2018). Para muchos otros académicos, el franco CFA es una muestra más de neocolonialismo, pues limita la soberanía monetaria y fomenta la salida de capital, lo que conlleva mayores índices de pobreza y desempleo como lo demuestra el hecho de que 11 de sus 15 Estados miembros están clasificados como países menos desarrollados (Yates, 2018; Taylor, 2019).

La zona CFA es controvertida no solo por las opiniones contrarias que genera, sino también por su sentido económico, pues dadas las estructuras de los países que la integran, las ventajas típicas de una unión monetaria como la reducción de costos de transacción quedan anuladas (Taylor, 2019). Ello revela que la zona CFA es pensada en beneficio exclusivo de Francia, dejando de lado el beneficio de los Estados africanos y limitando su diversificación económica.

El marco general de las relaciones económicas entre Francia y sus excolonias guarda íntima relación con el neocolonialismo, y es profundizado por actores no estatales como enormes empresas multinacionales francesas, que mediante diversas estrategias de coacción lograron conservar derechos exclusivos sobre los recursos naturales de los territorios africanos.

En segundo lugar, es importante resaltar el ámbito político de la *Françafrique*. Las vinculaciones políticas tras la *Françafrique* no pueden ser entendidas únicamente como responsabilidad de Francia y, por el contrario, su existencia misma se encuentra íntimamente relacionada con las élites africanas. Las élites

gobernantes de los Estados africanos han sido señaladas en múltiples ocasiones como traidores y servidores de los intereses franceses en el marco del clientelismo, pues como señalan Taylor (2019) y Powell (2017) han permitido por décadas que se extraiga el capital y excedentes económicos de África en favor de Francia, a cambio de intereses personales. Gran parte de esta corrupción se ha centrado en el sector minero, como lo demuestra el caso de Níger, donde su presidente, Mahamadou Issoufou, redujo los impuestos sobre las actividades mineras con el objetivo de obtener ventajas para los monopolios franceses a cambio de pagos indirectos para sí mismo (Tricontinental, 2024).

Asimismo, el ámbito político en el que se ramifica la *Françafrique* se expresa en el tutelaje, claro ejemplo de la herencia colonial. Autores como Rieker (2017) enfatizan en dicho tutelaje al hacer mención del comportamiento de los Estados africanos parte del modelo económico francés en foros internacionales como la Organización de Naciones Unidas, donde se perciben votos e incluso declaraciones condicionadas a los intereses franceses.

En tercer lugar, es relevante mencionar el ámbito militar, que, si bien no ha sido tradicionalmente contemplado en el marco de la *Françafrique*, hoy demuestra ser un componente esencial. La creciente percepción de debilidad estatal en el Sahel Occidental ha justificado y legitimado históricamente las intervenciones militares francesas, como manera de cumplir con su responsabilidad de potencia y brindar asistencia internacional (Bøås, 2019). Con ello en cuenta, Francia ha tenido una gran participación militar en África, inicialmente de manera unilateral, y con la Guerra Fría mediante el multilateralismo de la Unión Europea. Lellouche y Moisi (1979) explican que de esa manera podían seguir manteniendo su preponderancia en África sin exponerse a acusaciones de intereses propios, y también compensar sus recursos limitados al compartir los costos de una intervención. En 1990, Francia generó una nueva política para África con una reducción en el formato y ubicación de las fuerzas, además, estas solo serían preventivas, de protección e inteligencia (Utlely, 2002).

Pese a estas mejoras y el reciente multilateralismo, Francia sigue siendo uno de los estados más intervencionistas del mundo, pues como lo señala Powell (2017), desde la independencia de los Estados africanos hasta 2017 se reportaron al menos 50 intervenciones militares francesas en el continente. Aunque hoy dichas intervenciones se encuentran en el marco de organizaciones multilaterales, Francia

es uno de los países con más aportes en términos de personal capacitado, y respaldo político y logístico (Erforth, 2020).

Asimismo, la justificación de dichas intervenciones ha adquirido ciertas particularidades en la última década —como lo fue la intervención en Mali— enmarcadas en una guerra contra el terrorismo (Rieker, 2017). Esta nueva retórica no ha evadido las críticas, ya que al “dar prioridad a la caza y el asesinato de los llamados ‘terroristas’ en una situación de seguridad fluida, se han producido múltiples abusos contra los derechos humanos y aliena a las poblaciones civiles” (Chafer, 2020, p. 503).

Adicionalmente, dichas intervenciones han sido blanco de críticas debido a su efectividad, pues pese a su incremento en las últimas décadas, la seguridad se ha deteriorado significativamente desde 2013. Ello ha hecho pensar a muchos autores que, aunque se han hecho cambios en la política francesa, estos no resultan reflejados en la realidad, ya que solo aplican medidas duras, pero no responden a los problemas fundamentales subyacentes, en materia de gobernanza y desarrollo (Chafer, 2020).

2.3. Golpes de Estado y sentimiento antifrancés

El sentimiento antifrancés ha estado presente en el Sahel Occidental desde la década de los cuarenta, y fueron precisamente las bases de este sentimiento las que impulsaron la ola de nacionalismo africano y rechazo a la influencia francesa que abrieron paso al proceso de descolonización (Nation, 2023). El sentimiento antifrancés es un *continuum* en el continente africano, con ciertos puntos de inflexión a lo largo de su historia. El contexto de crisis multidimensional del Sahel Occidental dio inicio al proceso de politización de lo que hoy es uno de los puntos más agudos de inflexión del sentimiento antifrancés, la ola de golpes de estados y medidas en rechazo a la influencia francesa desde 2020 hasta la actualidad.

La crisis multidimensional que hoy atraviesa toda la región del Sahel Occidental tiene sus orígenes en 2012, cuando en el norte de Mali comenzó el conflicto entre la rebelión secesionista tuareg bajo el Movimiento Nacional de la Liberación de Azawad (MNL) y las autoridades gobernantes. La escalada de las hostilidades desafió el modelo de *laissez faire* de los estados del Sahel e implicó múltiples cuestionamientos sobre la mejor forma de enfrentar la expansión yihadista, tanto para los gobiernos locales como para los europeos (Boserup y Martínez, 2018). La violencia armada subversiva no solo mostró resistencia a las

intervenciones extranjeras, sino también empoderamiento, pues lo que inició siendo un conflicto localizado adquirió un carácter regional al expandirse a Mauritania, Senegal, Níger y Burkina Faso. Como menciona Martín (2024), esta expansión de la violencia ha configurado una gran red de actores irregulares que involucran movimientos secesionistas, múltiples grupos yihadistas e incluso organizaciones criminales.

Las hostilidades de este conflicto adquirieron un tono diferente desde 2013, cuando con la aprobación de la ONU, Francia, bajo el mandato del presidente François Hollande dio comienzo a la operación militar Serval en Mali. Aunque dicha operación tenía el objetivo principal de evitar que los grupos yihadistas avanzasen hacia la capital, terminaron quedándose cuando las agresiones incrementaron y traspasaron fronteras, convirtiéndose así en la operación Barkhane (Torsoli, 2022). Esta renovada intervención tuvo como objetivo oficial combatir la violencia yihadista y restaurar la autoridad.

Inicialmente, dichas intervenciones fueron justificadas como parte de la propia seguridad europea, pues de esa manera podían reducir el número de refugiados y migrantes provenientes del continente africano (Daniel y Nagar, 2016). Pese a dichas justificaciones, autores como Kohnert (2023) señalan que en la actualidad existe un considerable aumento del cuestionamiento sobre las verdaderas motivaciones que impulsan las constantes intervenciones de la Unión Europea y particularmente Francia en el continente africano, ya que en muchas ocasiones estas tropas extranjeras solo movilizan y fortalecen a los grupos insurgentes, en lugar de repelerlos. Estos cuestionamientos se sostienen en lo que autores como Ògúnmọ̀ dẹ̀dẹ̀ (2021) mencionan como el desequilibrio de las intervenciones occidentales con los requisitos políticos y de desarrollo necesarios para construir paz y estabilidad duradera en la región.

La desconexión entre las prioridades de seguridad entre dichos actores occidentales y la población, fue articulada bajo el paraguas del sentimiento antifrancés desde el inicio de las crisis y las intervenciones francesas. Esta politización fue notoria con los golpes de Estado que atravesaron los estados del Sahel Occidental desde el 2020, pues tanto los discursos como las acciones de las juntas militares resultantes señalan a Francia como el principal causante de la violencia en la región.

El primer golpe de Estado que atravesó la región ocurrió en agosto de 2020 en Mali, tras semanas de manifestaciones populares contra el régimen corrupto del presidente Ibrahim Boubacar Keïta. Los socios internacionales demostraron una aceptación moderada al golpe, situación que se repitió con el golpe de Estado de Burkina Faso en 2022 en el que, si bien la comunidad internacional condenó inicialmente el golpe, no impuso sanciones más allá de la suspensión de Mali en la CEDEAO (Wilén, 2024). En 2023, la situación cambió, ya que como menciona Wilén (2024) con el golpe de Estado en Níger, la comunidad internacional no solo condenó públicamente el golpe, sino que amenazó con posibles intervenciones militares en Níger a cargo de la CEDEAO con el objetivo de recuperar el orden democrático.

La junta militar politizó esta situación su favor, movilizándolo a grandes sectores de la población en contra de la CEDEAO y Francia, quienes fueron presentados como enemigos externos. Níger suspendió la colaboración militar con Francia y menos de un mes después expulsó al embajador francés. Este accionar no fue novedoso per se, porque Mali y Burkina Faso adoptaron acciones similares, pero sí resalta por su inmediatez. Los líderes de las juntas militares de Mali, Burkina Faso y Níger sostuvieron acciones similares tras su llegada al poder, lo que según Wilén (2024) demuestra un proceso de aprendizaje y emulación entre los líderes. En primer lugar, las juntas militares realizaron una ruptura pública con Francia, por motivos relacionados con la soberanía. En segundo lugar, entablaron una colaboración más estrecha entre ellos y con actores no occidentales como Rusia. En tercer lugar, manifestaron un claro antagonismo contra la CEDEAO.

El proceso de emulación no se dio de manera aislada, ya que en septiembre de 2023 las juntas militares de los tres países crearon la Alianza de Estados del Sahel (AES), mediante la firma de la Carta Liptako-Gourma, con el objetivo de protegerse conjuntamente de las posibles intervenciones francesas o de la CEDEAO. Esta Alianza, inicialmente planteada como una estrategia únicamente de defensa, también involucra la prevención y resolución de rebeliones armadas, mientras apela a la soberanía y el derecho de autodeterminación para generar autonomía política y desarrollo económico (Tricontinental, 2024) Posteriormente, implementaron otras medidas en esta línea, suspendiendo las intervenciones militares de Francia, la Unión Europea (UE), y Estados Unidos, además de retirar a las misiones diplomáticas francesas y proclamar su salida de la organización regional CEDEAO (Martín, 2024; Wilén, 2024)

La reciente materialización del sentimiento antifrancés denota el hartazgo de la población ante el intervencionismo occidental y su búsqueda por mayor autonomía, lo que puede ser entendido desde una mirada crítica del colonialismo. Ya que si bien gran parte de la población que hoy respalda las acciones de las juntas militares nunca conocieron la colonización francesa como tal (Torsoli, 2022), sí enfrentaron su legado y consecuencias actuales mediante el neocolonialismo.

El sentimiento antifrancés, hoy imperante en el Sahel Occidental, responde íntimamente a la influencia francesa, pero también a la influencia de la narrativa de actores externos estatales y no estatales. De manera particular, Ogou (2023), reflexiona sobre la influencia rusa y del grupo Wagner como catalizadores del sentimiento antifrancés. Su investigación enmarca el crecimiento del sentimiento antifrancés en “un proceso de autonomía africana, que se traduciría en poner fin a la percibida injerencia francesa, cambiar de estrategia y reforzar alianzas con un actor que se presenta a sí mismo como una alternativa” (Ogou, 2023, p. 1). Así también, como menciona Baudoin (2023) actores no estatales han influenciado significativamente en la construcción y difusión del sentimiento antifrancés, a través de las ideas del panafricanismo, manifestaciones simbólicas en redes sociales. La revisión de antecedentes del sentimiento antifrancés demuestra que este ha sido sostenido históricamente mediante las críticas al modelo neocolonial de la *Françafrique*, pero el contexto actual nos demuestra que las motivaciones son más amplias gracias a la intervención de otros factores. Hoy, el proceso de politización del sentimiento antifrancés visibiliza la escalada de las demandas en la agenda pública y la ejecución de medidas concretas en función de ellas.

Capítulo 3: Grupos yihadistas en el Sahel Occidental

3.1. Panorama actual

El Sahel Occidental es caracterizado a nivel internacional por ser el epicentro del terrorismo a nivel global, pues como lo mencionó el Índice Global de Terrorismo en 2022 y 2023 la región del Sahel presenció casi la mitad de las muertes ocasionadas por el terrorismo a nivel mundial y el 26% de los incidentes terroristas en todo el mundo. Dicho índice también reveló que, en 2022, Burkina Faso y Mali representaron el 73% de las muertes por terrorismo en el Sahel y el 52% en África subsahariana. La situación se ha agudizado en los últimos años, de manera particular en la frontera compartida por Burkina Faso, Mali y Níger, los cuales figuran entre los diez países más afectados por el terrorismo (Tricontinental, 2024). Esta crisis no es per se nueva, pero como señala Krieger (2022), tampoco es la misma que ha sido históricamente. En la actualidad, todos los indicadores están en peor situación que en cualquier otro momento en la década pasada. En 2019, las muertes de civiles en la región aumentaron un 1.870% en comparación con 2016, y las muertes de civiles vinculadas a las milicias aumentaron un 8.500% en solo cuatro años, de 2015 a 2019 (Krieger, 2022).

Dichas cifras demuestran que, si bien el fenómeno de inseguridad no es nuevo en la región, si ha enfrentado sustanciales incrementos debido a factores nacionales, regionales y globales, como el estrechamiento de vínculos con redes yihadistas de alcance global como Al Qaeda (AQ) o Estado Islámico (EI) (Barkindo, 2020). La interacción de estos grupos con la población de los estados del Sahel Occidental genera enormes cambios no solo respecto a la situación en materia de seguridad de la región, sino también en torno a la configuración social de dichos estados y sus percepciones respecto al resto del mundo.

Los grupos yihadistas han encontrado en el Sahel Occidental una región de múltiples beneficios y oportunidades para la expansión y diversificación de sus actividades. Grupos como el Movimiento por la Unidad y la Jihad (MUJAO) y Al-Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI) como menciona Bøås (2019) han estado presentes en la zona desde fines de la década de los noventa, por lo que no son fuerzas nuevas. Por el contrario, los grupos yihadistas que hoy son retratados como novedosos retos a la seguridad internacional por medios de comunicación tradicionales, llevan décadas presentes en la región, generando apoyo entre la población y con ello relativa integración local gracias a las incipientes bases sociales

heredadas por el islam en el siglo IX, antes de que las potencias coloniales en el siglo XIX intervinieran y fragmentaran a las comunidades islámicas (Bøås, 2019).

Desde entonces los grupos yihadistas presentan un acrecentado interés por la región del Sahel Occidental, ya que las condiciones geográficas, políticas y sociales de la región les permiten incrementar sus beneficios y expandir el rango de acción de sus empresas delictivas vinculadas al contrabando de cigarrillos, la trata de personas, el secuestro y el tráfico de narcóticos. Como menciona, Barkindo (2020) los grupos yihadistas ven en el Sahel un canal directo y de fácil acceso para comerciar tanto bienes como personas entre el mediterráneo y África occidental. Además, los continuos problemas de gobernabilidad de la región permiten sostener la agenda yihadista, gracias a la explotación, las brechas sociales preexistentes y los conflictos en torno a recursos naturales.

En la última década, se presentaron múltiples iniciativas de organismos nacionales e internacionales para acabar con la violencia en la región. No obstante, los grupos yihadistas no desaparecieron ni redujeron el tamaño de sus operaciones, pese a los importantes golpes que recibieron por parte de intervenciones internacionales como La Misión Multidimensional Integrada de Estabilización de las Naciones Unidas en Malí³ (MINUSMA). Dichos grupos muestran gran resiliencia y adaptación a diversos contextos, ya que incluso tras las intervenciones internacionales, en la actualidad recuperaron sus capacidades materiales y demuestran más fortaleza que en 2012.

Los grupos yihadistas de la región demuestran una gran capacidad de adaptación y resiliencia, pues en vez de detener sus operaciones, priorizaron su despliegue en zonas rurales y reconfiguraron su estructura interna con el propósito de establecer alianzas y expandir su alcance. Como indica Guichaoua (2020), frente a las intervenciones extrarregionales, los grupos yihadistas decidieron abrir nuevos frentes, desestabilizando aún más las frágiles relaciones comunales en las zonas rurales y proliferando milicias. En suma, frente a los esfuerzos internacionales para detenerlos, los grupos yihadistas evolucionaron con el propósito de persistir en la región mediante la modificación de sus técnicas de guerra y la expansión de su alcance geográfico.

³ La Misión Multidimensional Integrada de Estabilización de las Naciones Unidas en Malí (MINUSMA) fue una misión de seguridad establecida por el Consejo de Seguridad en su S/RES/2100, de 25 de abril 2013 para apoyar la estabilización en Mali y aplicar la hoja de ruta de transición.

Si bien estas modificaciones en las actividades de los grupos yihadistas han fomentado el desarrollo de una gran resiliencia, es importante mencionar que no han sido orquestadas de manera organizada entre todos los grupos, pues estos son sumamente heterogéneos en sí mismos y contrastantes con otros de la región (Barkindo, 2020). Dicha heterogeneidad, demuestra que no es la coordinación lo que permite la resiliencia de los grupos yihadistas, y que es más bien el gran tejido social generado a lo largo de los años lo que ha permitido su subsistencia.

3.2. Formación del tejido social tras los grupos yihadistas

Como señalan Barkindo (2020), Raineri & Strazzari (2017), Krieger, G. (2022) y Bøås (2019), los activistas islámicos se posicionan como una fuerza eficaz y alternativa de asistencia, protección y resolución de disputas frente a cuestiones locales de gran necesidad como privaciones económicas, mala gobernanza, retraso en el crecimiento, y miseria. El caso de Mali detallado por Krieger (2022) ejemplifica perfectamente esta situación, ya que los malienses no podían satisfacer sus necesidades básicas sin temor al Estado, además de no encontrar soluciones en la ayuda internacional, pues esta se centra en intereses militares en lugar de las necesidades más apremiantes de la población. Frente a esta ausencia de respuesta estatal e internacional, muchos grupos yihadistas se presentan como protectores de los “verdaderos” intereses de la población.

Si bien este entramado social, ya llevaba años generándose, encontró un momento de especiales posibilidades de expansión en el contexto de 2012, cuando Mali se encontraba encaminado a elecciones generales. Bøås (2019) resalta cómo ese periodo de especial convulsión, con gran incertidumbre interna e inestabilidad regional, fue visto por el MNLA y otros insurgentes (entre ellos yihadistas) como el momento estratégico para iniciar una insurgencia más grande y ambiciosa. Este proceso tampoco fue homogéneo, y, por el contrario, se caracterizó por presentar múltiples procesos superpuestos entre los diversos grupos y facciones presentes en la zona. MUJAO ante las intervenciones francesas e internacionales se desplegó a ciudades más pequeñas y reconfiguró sustancialmente sus mecanismos de insurgencia. Bøås (2019) retrata como los restos de lo que fue MUJAO originalmente solo existe en la región trifenitrica entre Mali, Burkina Faso y Níger, Liptako-Gourma.

Es indudable que cada grupo ha seguido su propia trayectoria. No obstante autores como Krieger (2022) y Bøås (2019), concuerdan con que las bases de la

agitación social que permite el reclutamiento de población civil en las filas de estos grupos residen en los agravios populares compartidos en las regiones fronterizas y la sensación de abandono que siente la gente por la pobreza rampante, la desigualdad económica y la falta de servicios. El vacío ha permitido que, pese a las diferencias de los grupos yihadistas en la región, se establezca una narrativa común que presenta a estos grupos como verdaderos protectores. Un ejemplo de esta narrativa es presentado por Bøås (2019), al retratar como Dicko, se define a sí mismo como el “defensor de los pobres” y el “libertador”, alguien que no solo se enfrenta a las fuerzas de un Estado que se considera ilegítimo, pero que también promete abordar las tradiciones sociales restrictivas que muchos jóvenes consideran que benefician solo a la élite tradicional.

Los grupos yihadistas trascienden la narrativa y han concretado acciones que los perfilan como verdaderos agentes de cambio en la región y pese a lo que muchos medios de comunicación occidentales retratan, no son una reacción contra la modernidad (Bøås, 2019). Por el contrario, para los pobladores de la región estos son una modernidad y respuesta social alternativa ante las prácticas estatales asociadas a la corrupción internacional y a un islam pervertido.

Una segunda particularidad de los grupos yihadistas de la región reside en su aprovechamiento de los históricos conflictos por la tierra, pues, aunque los conflictos armados en la región se basan en una gran diversidad de motivos, los derechos a la tierra siguen constituyendo una de las principales y más extendidas motivaciones. Como señala Bøås (2019) la tierra es un bien existencial para estados como Mali, Níger y Burkina Faso, que basan gran parte de su actividad económica y sobrevivencia, en la agricultura y gestión de la tierra. La principal división respecto a la gestión de la tierra ha sido históricamente entre pastores y agricultores, que consideran sus propios mecanismos como mejores que los de la contraparte. Estos clivajes no son una novedad en la región, pero con la diseminación de armas en las últimas décadas y la politización de demandas sociales se han convertido en uno de los principales motivos tras los conflictos armados.

La población de estos estados sintió que su acceso a la tierra estaba amenazado y por ello decidieron buscar protección en actores no estatales que demostrarán mayor credibilidad y eficacia que sus ausentes gobiernos. En la intersección entre los conflictos por los pastizales y los vacíos dejados por estados ausentes, es donde los grupos yihadistas se han insertado con gran facilidad,

combinando las luchas locales territoriales con su propia agenda (Raineri & Strazzari, 2017).

El programa de “populismo pastoril” de Ansar Dine ejemplifica a la perfección esta dinámica. Ansar Dine desde su formación, tomó en cuenta las condiciones demográficas y geográficas de la zona rural central de Mali, donde iniciaron sus actividades, y a partir de allí cooptó comunidades para establecer una red más grande. Ansar Dine se infiltró en múltiples comunidades rurales, resaltando estructuras de autoridad alternativas (Raleigh et al., 2021). Esta estrategia tuvo particular éxito entre los pastores fulani, pues la capitalización de tensiones previas sobre la propiedad de la tierra, corrupción, y seguridad de los medios de vida agrícolas y ganaderos, caló profundamente en la comunidad y consolidó su apoyo hacia Ansar Dine. Gracias al aprovechamiento de este importante clivaje, Ansar Dine y en general los grupos yihadistas de la región no se replegaron tras las intervenciones internacionales comenzadas por los eventos de 2012, y, por el contrario, tomaron el control de regiones enteras a través del desarrollo específico de vínculos, redes y agendas locales.

La situación se ha agravado en los últimos 5 años, debido a los efectos de la agresiva desertificación y degradación ambiental, los cuales han limitado significativamente el acceso a la tierra. En el Sahel Occidental las condiciones geográficas y el conflicto se han retroalimentado históricamente, no obstante, con la participación de grupos yihadistas situaciones de este tipo pueden ser politizadas con mayor facilidad y velocidad, haciendo que los conflictos y actividades criminales se intensifiquen.

En la actualidad, los conflictos basados en los derechos a la tierra ya no solo son una constante en la región, sino también muestra del impacto de los grupos yihadistas en la intensificación de conflictos preexistentes. Como señala Barkindo (2020) hoy los pastores y los dirigentes yihadistas actúan en conjunto mediante alianzas creadas a partir de las necesidades medioambientales y al comportamiento nómada de la población. Estas alianzas, si bien parten de necesidades materiales en torno al acceso a la tierra, con la influencia yihadista, también adquieren sustento ideológico que exaltan a la yihad como medio de justicia, identidad y liberación de las desigualdades históricas de la región.

3.3. Mecanismos de expansión y reclutamiento

El yihadismo global ha logrado calar en las sociedades del Sahel Occidental gracias a la superposición de las dinámicas locales, regionales y globales. Como mencionan Raineri y Strazzari (2017) si bien algunos grupos yihadistas poseen un carácter transnacional distintivo, como Al Qaeda y el Estado Islámico, que han diseminado a lo largo del continente africano importantes ramificaciones, la dimensión local de las radiaciones es vital a largo plazo. Es en dinámicas locales como las divisiones inter e intra étnicas por el acceso a los recursos naturales y la ausencia de respuesta estatal a las principales necesidades de la población, previamente detalladas, que los grupos yihadistas pueden canalizar apoyo y fomentar el reclutamiento. Pese a la volatilidad de los grupos yihadistas a nivel global, es indudable que mantienen un cálculo estratégico y oportunista que, en palabras de Raineri y Strazzari (2017) demarca las formas asimétricas de guerra en territorios de gran convulsión como el Sahel Occidental.

Los movimientos yihadistas se expanden en el Sahel Occidental con gran velocidad e intensidad, particularmente entre las comunidades que se sentían marginadas por los poderes centrales por razones económicas, geográficas, étnicas o religiosas, debido a su narrativa polarizadora y a la formación de estructuras de alianza entre grupos yihadistas y comunidades locales. Esta expansión desde el 2012, en términos de alcance geográfico y reclutamiento de miembros, se debe en gran parte a la adaptación de narrativas globales con las condiciones sociales y políticas locales que legitiman su accionar y puede ser entendida mediante sus fases de evolución desde la crisis de Mali hasta la actualidad.

La crisis inicialmente se limitó al territorio norte y central de Mali, pues en 2012 el conflicto central era liderado por una rebelión tuareg en busca de su independencia contra el gobierno de Bamako. Mientras que soldados descontentos con la gestión de la insurgencia en cursos derrocaron al entonces presidente Amadou Toumani Touré. La desestabilización central del estado fue propicia para que el Movimiento Nacional para la Liberación de Azawad (MNLA) declare la independencia del norte de Malí. Como mencionan Raleigh et al. (2021), este desarrollo no hubiera sido posible sin la participación de militantes yihadistas de Ansar Dine, MUJAO y AQMI. Dichos grupos dieron significativos aportes materiales gracias a la diseminación de armas generada tras el saqueo de arsenales en Libia después de la caída del régimen de Gadafi. Múltiples combatientes del Sahel

habrían ido a Libia a servir a las fuerzas de Gadafi, pero tras su muerte regresaron al norte de Mali llevando consigo armas y experiencia militar. De la misma manera, dichos grupos consolidaron las bases ideacionales asentando la narrativa antiestatal expandida precisamente en Medio Oriente. Todo ello en su conjunto intensificó la insurgencia en la región.

Las siguientes fases se caracterizan por la expansión de la crisis hacia el sur de Mali y Níger y Burkina Faso. Las intervenciones internacionales de 2013, con el objetivo de replegar la violencia, movilizaron a los grupos yihadistas y las redes históricamente establecidas en la región hacia zonas rurales de Mopti, Kidal y Gao. En 2017, las intervenciones internacionales, al igual que las acciones de los grupos yihadistas, dieron inicio a la tercera fase detallada por Raleigh et al. (2021). En esta etapa, grupos yihadistas como el JNIM concertaron alianzas con una gran multiplicidad de grupos con el objetivo de ampliar sus bases contra las intervenciones. Con la unificación de ciertas facciones tras la yihad, la insurgencia se desplazó hacia el sur con el objetivo de sobrecargar las fuerzas antiterroristas de occidente. En suma, en estas dos últimas etapas de expansión, los grupos yihadistas no solo propiciaron los conflictos y la violencia en la región, sino que demostraron sus capacidades de adaptabilidad a diversos contextos, su fuerza simbólica para atraer a amplios sectores de la sociedad y su enfoque estratégico para establecer alianzas con múltiples comunidades con las que inicialmente no coincidían.

La estrategia oportunista de los grupos yihadistas se basó en la militarización de identidades localizadas enmarcadas en narrativas globales, lo que les permitió formar alianzas complejas y de gran inestabilidad (Raleigh et al., 2021). Esta estrategia fue intensificada con las dinámicas globales generadas a partir de la crisis de COVID-19, pues como mencionan Raleigh et al. (2021), los grupos yihadistas aprovecharon que la atención internacional estaba siendo redirigida a la crisis sanitaria para cooptar a más población y expandir su alcance en la región.

Las fases mediante las que se expandieron los grupos yihadistas en la región desde 2012 demuestran que el yihadismo global no simplemente “llegó” al Sahel Occidental. Por el contrario, los grupos yihadistas, que hoy son constantemente mencionados por los medios de comunicación occidentales, poseen bases históricas y son concebidos por la población como una respuesta a las condiciones preexistentes de la zona. AQMI, es un caso ilustrativo en este punto, pues fue

presentado por sus dirigentes como un bastión de lucha contra los estados corruptos locales y sus patrocinadores occidentales (Baldaro, 2020). Esta narrativa fue legitimada entre la población como opción para sustituir el sistema injusto en el que vivían, esencialmente impuesto desde fuera y basado en reglas y principios completamente alejados a las tradiciones locales.

Más allá de las estrategias narrativas de los grupos yihadistas, estos han ganado gran aceptación en la zona por su activa participación en el control del territorio y en la entrega de seguridad a las poblaciones locales (Baldaro, 2020). Este despliegue de esfuerzos y el subsecuente grado de orden que generó les otorgó a los grupos yihadistas credibilidad entre la población. La estrategia material de resguardo seguida por los grupos yihadistas no podría haber sido posible sin sus estrechos vínculos con actividades delictivas. Desde sus inicios, movimientos yihadistas como AQMI o MUJAO, establecieron contactos y formas de cooperación con grupos criminales relacionados con el tráfico ilegal de bienes, sustancias psicotrópicas y personas. Con el paso del tiempo, las actividades delictivas de estos grupos se refinaron, incluyéndose en la “industria del secuestro”. Estas actividades son el sustento económico de las actividades yihadistas, pues como menciona Baldaro (2020) solo en concepto de rescate AQMI obtuvo entre 90 y 150 millones de dólares en el periodo entre 2003 y 2012.

Las estrategias narrativas y materiales de los grupos yihadistas en el Sahel Occidental tienen como elemento común el oportunismo, capaz de politizar las situaciones y clivajes preexistentes de la región. No obstante, pese a este punto de convergencia estratégica, es importante resaltar las particularidades de cada grupo respecto a la formación de alianzas. JNIM siguió la estrategia nodal de populismo pastoril, mientras que Estado Islámico del Gran Sahara (EIGS) buscó integrar a los grupos locales en un sistema central de lealtad y afiliación mediante múltiples ataques cíclicos de brutalidad (Raleigh et al., 2021). Cada estrategia influyó significativamente en el nivel, modalidad y geografía de la violencia. Mientras estrategias más horizontales como las del JNIM generaron una violencia más contenida, estrategias jerárquicas como las perseguidas por EIGS corresponden a una violencia más brutal y radicalizada. Estos distintos perfiles de violencia y trayectorias complican una visión homogénea y monolítica de los grupos yihadistas, ya que resaltan los matices de cada grupo en la manera en la que reivindican las narrativas globales según el contexto local en el que se encuentren.

Los grupos yihadistas no son actores monolíticos, y, por tanto, perfeccionan y actualizan su accionar constantemente, lo que los hace sumamente volátiles e impredecibles. Sin embargo, en los últimos años grupos como Ansar Dine muestran una tendencia importante al aprovecharse de la evolución de los medios digitales para ejercer influencia pública y transmitir el alcance de sus acciones con actores externos (Bos y Melissen, 2019). La era digital ha transformado todas las dinámicas sociales, y los grupos yihadistas no están exentos de ello. Como ilustran Bos y Melissen (2019) Ansar Dine, entre otros grupos yihadistas del Sahel Occidental, establecieron estructuras y recursos humanos y financieros para ejercer influencia pública digital con el objetivo de ganar reconocimiento y aumentar su influencia a nivel internacional. Los medios digitales entonces son hoy en día un medio más para diseminar la narrativa yihadista y formar identidades mediante el uso del lenguaje, la gestión de noticias y la comunicación estratégica.

La influencia pública digital es un elemento clave para entender la expansión transfronteriza de los grupos yihadistas, pues a través de ella estos movimientos han podido superar sus limitaciones materiales, reclutar más militantes mediante la proyección de fortaleza, y establecer una mayor red de contactos. Las comunicaciones digitales tienen la capacidad de generar un gran impacto a un bajo costo en comparación de los recursos necesarios para realizar operaciones presenciales de gran envergadura. Esta facilidad en la relación coste beneficio de las comunicaciones digitales le ofrece una ventaja sin precedentes a la narrativa yihadista, pues mediante estos mecanismos pueden fortalecer o incluso construir identidades aleccionadoras capaces de intensificar el valor material y simbólico de sus acciones.

3.4. El sentimiento antifrancés en la narrativa yihadista

El accionar de los grupos yihadistas, previamente analizado, demuestra una clara tendencia polarizadora en la que la construcción de identidades se genera en contraposición del otro. Las organizaciones yihadistas no solo basan su narrativa en la explotación de las divisiones y agravios preexistentes, sino también enmarcan su narrativa en torno a la culpabilización de los regímenes neo-patrimoniales corruptos, respaldados por Occidente (Raineri y Strazzari, 2017). La narrativa yihadista tiende a presentarlos como iguales, reconociendo las dificultades y aspiraciones de la población, mientras rechazan los modelos externos derivados de la dominación colonial.

En Mali, Burkina Faso y Níger, la narrativa yihadista tendió a culpabilizar de manera particular a Francia por la crisis multidimensional que atravesaban, tanto por su legado colonial como por su implicación contemporánea mediante intervenciones militares, y respaldo a líderes corruptos. Estas acciones consideradas como agravios les son útiles a los grupos yihadistas para consolidar su esquema de victimización y legitimar el paso de la yihad defensiva a la ofensiva (Bindner, 2018). De hecho, la política exterior pasada y presente de Francia, constituye uno de los agravios más citados en la propaganda yihadista oficial desde los primeros grupos presentes en la región en la década de los ochenta.

El sentimiento antifrancés es una constante en la propaganda yihadista que trasciende las particularidades de la política exterior en el Sahel Occidental mediante su legado colonial, vinculación con autoridades corruptas y repetidas intervenciones militares en la región. Para los grupos yihadistas, Francia es, en palabras de Bindner (2018) una punta de lanza contra el islam, tanto por su participación en la lucha contra el “terror”, como por su postura religiosa en la que su secularidad es interpretada como una señal directa de agresión hacia el islam. Así también, Francia es acusada de promover formas desviadas del islam por su organización en el Consejo Francés para la Fe Musulmana (CFCM). Estos factores condujeron naturalmente a una ideología extremista en contra de Francia, la cual en los últimos años ha sido explotada para atraer, despertar empatía y reclutar más militantes.

La radicalización a causa del sentimiento antifrancés está sumamente vinculada con la construcción de identidades. Como señala Bindner (2018), aquellos pertenecientes a una doble cultura tienen problemas relacionados con el desarraigo y a la ausencia de referencias, lo que hace al islam radical un marcador de identidad sin fronteras. El sentimiento antifrancés también se relaciona con la construcción de identidades, pues sirve como elemento polarizador los verdaderos defensores de las naciones del Sahel en contraste de los “traidores” y corruptos aliados de Francia. Estas narrativas han influenciado profusamente en diversos sectores de la población, motivando el rechazo generalizado de los clérigos y mezquitas musulmanas francesas por considerarlas desviaciones y una visión generalizada entre la sociedad civil que percibe ahora a Francia como el principal causante de la crisis multidimensional que atraviesa la región.

En suma, los grupos yihadistas son un actor de gran relevancia en el proceso de politización en el sentimiento antifrancés que llevaron a la subsecuente ola de

golpes de estados desde el año 2020 hasta la actualidad. Estos movimientos han enarbolado un proyecto político atractivo como alternativa ante la ineficacia de los gobiernos nacionales y acciones internacionales por mejorar las necesidades más apremiantes de la región. La alternativa yihadista aprovecha la ausencia estatal en torno a la accesibilidad de servicios básicos y los históricos conflictos por los derechos a la tierra, para presentarse como salvadores ante un enemigo internacional que ha fomentado toda aquella crisis, Francia. El sentimiento antifrancés entonces, se convirtió en un principio fundamental de la narrativa yihadista, así como un elemento cohesionador de la misma, al lograr disipar las tensiones con los tuaregs cuando se trata de enfrentar enemigos comunes, los gobiernos del *establishment* manipulados por Francia. Así también, el sentimiento antifrancés permitió la construcción de identidades y comunidades, superando los problemas del desarraigo con ayuda de los principios del islam.



Capítulo 4: Intervenciones militares francesas en el Sahel Occidental

4.1. Contexto histórico de las intervenciones

Los alarmantes índices de violencia en el Sahel Occidental a causa del accionar de los grupos yihadistas han renovado en muchos sentidos la política intervencionista francesa. La política exterior francesa en el continente africano se ha caracterizado históricamente por sus continuas intervenciones militares, pues tan solo desde 1945 a 2005 la potencia europea ya habría llevado a cabo 122 intervenciones militares en África (Yates, 2018). Estas intervenciones tienen fundamentos históricos tanto porque se construyen sobre las capacidades antiguas, así como por los históricos lazos de codependencia con los regímenes africanos aliados y, los recursos morales que persigue Francia al presentarse como protector de la región. Este componente histórico se remonta a 1960, cuando la mayoría de las colonias africanas obtuvieron su independencia. Desde entonces, Francia no ha parado de realizar intervenciones militares bajo la narrativa de proteger o evacuar a ciudadanos amenazados por la violencia o mantener/restaurar el orden político en los estados o regiones objetivo (Powell, 2017).

Si bien estas intervenciones han sido constantes en los vínculos franco-africanos, tras los ataques terroristas en Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001, y la consecuente declaración de “Guerra contra el terror” de la administración del entonces presidente estadounidense George W. Bush, se abrió un nuevo capítulo en el intervencionismo francés. Tanto Francia como la Unión Europea en su conjunto y EE. UU. reorientaron sus preocupaciones y establecieron múltiples operaciones conjuntas para impedir actividades terroristas en zonas como el cuerno de África y el Sahel Occidental (Ndinga-Muvumba y Corkin, 2009). El renovado interés de las potencias occidentales por el continente africano y su seguridad se debe a la amenaza que esta crisis podría significar para sus propios estados.

EE. UU. y la UE han hecho notoria su preocupación por el incremento de la actividad yihadista en el continente africano, tanto por la presión migratoria que genera especialmente para los estados europeos como por la narrativa antioccidental que propician. Es en este contexto que EE. UU. fortaleció su cooperación en materia de seguridad con Estados africanos como Eritrea y Etiopía, además de instaurar un nuevo comando africano (AFRICOM) en 2007 y 2008, respectivamente. AFRICOM al igual que las posteriores intervenciones militares de

la Unión Europea buscaban luchar contra el terrorismo, prevenir conflictos y brindar asistencia humanitaria, pero también generaban desde sus inicios múltiples preocupaciones en torno al posible aumento del sentimiento antioccidental entre las comunidades musulmanas y sus efectos adversos en la estabilidad de la región (Ndinga - Muvumba y Corkin, 2009).

La participación francesa en estas intervenciones ha sido especialmente problemática debido a su cambiante relación con el continente africano. Un ejemplo de esta relación ambivalente se ejemplifica en los acontecimientos durante la guerra civil de Costa de Marfil de 2002, pues como mencionan Ndinga- Muvumba y Corkin (2009), se desplegaron alrededor de 46000 tropas francesas junto a las fuerzas de mantenimiento de la paz de la ONU, pero también se destruyeron aviones de la fuerza aérea del país en 2006, lo que provocó violentas manifestaciones contra Francia y el éxodo masivo de casi 10.000 ciudadanos franceses que vivían en el país.

Pese a sus contradicciones, las intervenciones francesas no se han detenido, pues Francia no se percibe a sí misma como una simple "potencia media" y el continente africano se presenta como el lugar indicado para demostrarlo. Es mediante estas intervenciones que Francia puede demostrar su vigencia y estatus a nivel internacional, ejercer influencia sustancial e implementar su autonomía estratégica (Powell, 2017). Para cumplir su objetivo, Francia ha sostenido relaciones colaborativas con las élites africanas en el marco de la *françafrique*, y es gracias a la participación de estas élites que las intervenciones francesas han mantenido su vigencia.

4.2. Situación tras la crisis en Mali

En el *continuum* de intervenciones militares, la crisis en Mali y sus consecuencias marcaron un importante punto de inflexión. Después de 2013, la crisis en el Sahel Occidental se posicionó como una de las principales prioridades europeas en materia de seguridad y política exterior, debido a factores de riesgo como la debilidad estructural de los estados del Sahel Occidental, la expansión yihadista y el incremento de la migración transregional (Boserup & Martinez, 2018).

Francia, en el marco de la Unión Europea, además de endurecer su política migratoria, contribuyó significativamente a la militarización del Sahel previamente iniciada por EE.UU. En 2013, el entonces presidente francés François Hollande ordenó al ejército francés intervenir en Mali y la República Centroafricana, a pesar

de que, durante décadas, desde Charles de Gaulle, Francia había prometido reformar su política, postura militar y objetivos de seguridad en el continente africano, con el fin de modificar o terminar su intervención militar (Charbonneau, 2023). En 2017, tras su elección como presidente, Emmanuel Macron prometió restablecer la relación con el continente africano y reducir la presencia militar francesa (Peltier, 2023). Sin embargo, la realidad demuestra que la postura inicialmente manifestada por el presidente Macron se transformó con el tiempo, y en lugar de reducir su presencia, la mantuvo y refinó, comprometiéndose a continuar hasta el final con la lucha contra el terrorismo en África.

El presidente Francois Hollande tomó la decisión de intervenir a petición de las autoridades de transición de Bamako, después de los intentos fallidos de la CEDEAO y UA de responder a la crisis (Bøås, 2019). De esta manera, como señala Erforth (2020), Francia buscaba reafirmar su rol "tradicional" como actor de seguridad y pacificador en África. La intervención comenzó bajo el nombre de Operación Serval, y se limitó tácticamente al norte de Mali con el objetivo de detener el avance de grupos yihadistas hacia el sur del país (Ould Moctar, 2024). La operación Serval, según estimaciones, costó aproximadamente 646,6 millones de euros y tuvo relativo éxito, pues expulsó a los insurgentes yihadistas de las principales ciudades del norte: Gao, Kidal y Tombuctú (Powell, 2017). Asimismo, la operación mejoró su viabilidad política, pues como mencionan Boeke y Schuurman (2015), fue gracias a los esfuerzos diplomáticos de Francia que se creó una misión de entrenamiento de la UE, y se obtuvo el apoyo de la ONU para una misión de apoyo liderada por África (AFISMA) y el reconocimiento internacional de la urgente necesidad de ocuparse de los grupos yihadistas.

A pesar de este relativo éxito, los grupos yihadistas no se detuvieron y, por el contrario, expandieron su accionar más allá de las fronteras de Mali, hasta convertirse en una crisis regional de todo el Sahel Occidental. Considerando esto, la operación Serval se fusionó con la operación francesa en Chad, Operación Epervier; junto con elementos adicionales y un mandato ampliado; convirtiéndose en la Operación Barkhane (Powell, 2017).

La primera característica destacable de esta operación fue su gran ambición, pues con ese renovado mandato abarcó cinco estados: Mauritania, Malí, Burkina Faso, Níger y Chad, y representó una enorme inversión para el gobierno francés. Esta expansión fue facilitada tanto por los vínculos coloniales de Francia con los

estados en los que intervino, como por la naturaleza de la crisis que permitía identificar claramente a un enemigo común: los grupos yihadistas. Asimismo, autores como Powell (2017) y Guichaoua (2020) señalan la gran envergadura de la operación, pues representó un costo anual de 800 millones de euros. Dichos costos dificultan afirmar que el acceso al uranio o la preponderancia de importantes intereses económicos estuvieron detrás de su despliegue, pues dicha intervención militar superaba considerablemente cualquier exportación anual de uranio o minerales.

Una segunda característica relevante de esta operación fue su carácter multilateral. Francia ha utilizado el multilateralismo como elemento de legitimación de sus operaciones desde la década de los noventa. Desde entonces, Francia ha instrumentalizado este elemento para compartir costos, obtener respaldo y contribuciones de tropas de la ONU, la UA y la CEDEAO, mientras legitimaba sus acciones sobre la premisa de actuar en nombre de la humanidad y con ello reafirmaba su identidad en el escenario internacional como "poder de influencia" (Erforth, 2020). Si bien la operación en Mali comenzó como una muestra de unilateralismo operativo debido a las tensiones y falta de conciliación entre los miembros de la UE, contó con respaldo político regional desde el principio y, una vez que las tropas estuvieron en el terreno, el gobierno francés se esforzó por involucrar a socios internacionales y multilateralizar su misión. Autores como Krieger (2022) y Ògúnmọ̀ dẹ̀dẹ̀ (2021) señalan cómo, con estos esfuerzos, la operación Barkhane logró ser europeizada y mediante la fuerza de tareas "Takuba" obtuvo la asesoría, ayuda y acompañamiento de Bélgica, la República Checa, Dinamarca, Estonia, Francia, Alemania, Mali, Níger, los Países Bajos, Noruega, Portugal, Suecia y el Reino Unido.

No obstante, es importante señalar que, si bien Francia en las últimas décadas ha buscado constantemente respaldarse en el multilateralismo, también ha mostrado interés en conservar su liderazgo político. Francia posee una ventaja significativa en esta tarea, pues su legado histórico le ha otorgado gran experiencia y cercanía con las élites gubernamentales del Sahel, lo que en cierta medida le generaba mayor legitimidad ante sus socios occidentales. Esto se ejemplifica con el rol preponderante que asumió en la operación MINUSMA, a cargo de la ONU, en la que Francia tomó el papel de redactor principal (Guichaoua, 2020).

4.3. Lógica tras las intervenciones

Las operaciones Serval y Barkhane se basan en la lógica securitaria característica de la política exterior francesa. Desde inicios de la década del 2000, se hicieron notorios los esfuerzos de Francia por securitizar el espacio saheliano, enmarcándose en la guerra contra el terror inaugurada por EE. UU. Autores como Guichaoua (2020) y Bøås (2019) explican cómo Francia securitizó la presencia de estos grupos en el Sahel, al presentarlos como un riesgo para la estabilización regional, una amenaza a la seguridad global por la diseminación de armas y, en mayor medida, para la Unión Europea, debido a la gran presión migratoria que generan para Francia y el continente europeo en general. Es por ello por lo que, en 2013, no era raro escuchar que la intervención era una necesidad para evitar un ataque en Marsella (Guichaoua 2020), y aunque dichas afirmaciones puedan ser vistas como ciertas debido a la cercanía de estos grupos con el Mediterráneo, en la actualidad se evidencia que la lógica tras este proceso de securitización respondía a intereses mucho más complejos y diversos.

En primer lugar, Francia manifestó su preocupación por la posible "bomba" demográfica del Sahel, tomando en cuenta que África Occidental era una de las regiones donde según el "Informe Mundial de Fertilidad 2013: Fertilidad en los extremos" se reportaban las tasas más altas de fecundidad, colocando a países como Mali y Níger entre los cinco países que concentraban las cifras más altas de fertilidad a nivel mundial. Francia mostró una creciente preocupación por la presión migratoria que podría generar en su país un aumento de la violencia en países que tendrán una significativa expansión demográfica como Níger y Mali. Esta preocupación se presentó en el discurso público de Francia como una primera justificación para sus intervenciones militares en el Sahel, para de esta manera evitar futuras movilizaciones violentas entre las siguientes cohortes de jóvenes en situación de desempleo y precariedad social. Un ejemplo de ello quedó demostrado en la propuesta del presidente Emmanuel Macron respecto a colocar como prioridades a Chad y Níger durante las Cumbres Migratorias con Alemania, España e Italia (El país, 2017).

En segundo lugar, el factor económico fue un factor preponderante para entender el inicio de las intervenciones. Muchos analistas en las fases iniciales de las operaciones hicieron referencia al interés francés por la obtención de productos como el uranio, tan necesarios para el desarrollo de su industria, y abundantes en

países del mandato extendido de la operación Barkhane como Níger. Y si bien esto podría haber sido cierto al inicio de la operación, con el paso del tiempo se demostró que los intereses franceses en materia económica en el continente africano estaban disminuyendo considerablemente. Un ejemplo de ello se evidencia en las cifras de la zona monetaria CFA, “donde la cuota de mercado de Francia cayó del 23,2 por ciento en 2005 a solo el 11,4 por ciento en 2015” (Powell, 2017, p. 48).

No obstante, una examinación más completa de la economía francesa nos permite observar que si existieron réditos económicos. Múltiples empresas francesas se beneficiaron especialmente al obtener contratos relacionados con la industria de la guerra en el Sahel. Como menciona Guichaoua (2020), empresas militares francesas, gracias a la participación de la agencia Expertise France como intermediario comercial activo, cerraron múltiples contratos con varios grandes clientes de la industria de seguridad del Sahel, como la MINUSMA, el G5 Sahel, la UE y gobiernos individuales.

En tercer lugar, las operaciones francesas también se remiten a intereses de imagen pública, pues como lo reflejan sus funcionarios, Francia, al tratar de presentarse como potencia con influencia global, también sostiene que posee una "responsabilidad" sobre lo que ocurra en el Sahel (Guichaoua, 2020). La persecución de este objetivo tiene un rol preponderante en la política exterior francesa, y ha sido reafirmado por el presidente Emmanuel Macron en 2017 durante su discurso en Uagadugú en el que anunció su voluntad de renovar la relación entre Francia y el continente africano. Esta declaración también es sustentada por el Ministerio francés para Europa y de Asuntos Exteriores, el cual mediante el comunicado “*French diplomacy in Africa: Global issues*” reconoce que el presente y el futuro de Francia se encuentra estrechamente ligado con África, por lo que frente a retos compartidos como los referentes a seguridad y combate contra el terrorismo, es imprescindible que el gobierno francés actúe y coopere con los Estados africanos.

Estos objetivos vinculados a su imagen pública parecen haberse priorizado incluso sobre sus intereses económicos, como lo demuestra el mantenimiento de las operaciones pese a la enorme presión financiera que significaba. Esta búsqueda de grandeza se basó en la necesidad de protección de los "estados fallidos" del Sahel Occidental (Powell, 2017), por lo que priorizaron detener y eliminar a los grupos armados yihadistas, lo que condujo a múltiples abusos contra los derechos humanos (Chafer, Cumming, y Van der Velde, 2020). Muchas de estas vulneraciones fueron

posibles gracias a la instrumentalización de la palabra "terrorista" para señalar a cualquier grupo que se enfrentara al gobierno. Dicha utilización resultó sumamente ambigua y peligrosa, pues bajo la premisa de que cualquiera era terrorista, las tropas francesas justificaron su violento accionar y crímenes en contra de la población civil organizada como conjunto.

Dicha doctrina de contrainsurgencia no es exclusiva de Francia, pues como menciona Sen (2022), muchos gobiernos occidentales como Estados Unidos han usado a las facciones insurgentes como justificación para sus intervenciones de enorme envergadura e inversión. Ello demuestra que hay un gran estadocentrismo en la forma como se conciben las insurgencias en la política internacional, ya que tanto narrativa como operativamente son los estados quienes determinan quiénes pueden ser llamados o no terroristas, y a partir de ello definen y ejecutan prácticas dirigidas a las insurgencias. Esta lógica estadocentrista también es influida por la jerarquía de poder del sistema internacional, pues tienden a ser los estados con mayores capacidades como Francia o sus socios occidentales quienes históricamente han definido qué cuestiones son consideradas amenazas en el Sahel.

Esta práctica, como señala Yates (2018), ha perpetuado los patrones neocoloniales de dominación tras la fachada de discurso de mantenimiento de la paz, mientras que en realidad su proceso de definición de amenazas solo prioriza sus propios intereses. Dicho planteamiento no solo resulta alarmante por la pérdida de soberanía que representa, sino también por el planteamiento francés y occidental respecto a la universalidad de sus valores. La definición de amenazas del gobierno francés y occidente en general se basa en el señalamiento de la "otredad" basado en sus propios estándares e ideales. Este señalamiento de la otredad se presenta entonces como principal punto conflictivo, pues aumenta la polarización e ignora las particularidades del contexto regional africano

Finalmente, es importante resaltar que, si bien las intervenciones francesas han sido principalmente impulsadas por preocupaciones de seguridad, solo han podido ser sostenidas en el tiempo gracias a la estrecha colaboración con gobiernos y élites africanas. En el proceso de securitización, la cooperación entre el gobierno francés y las autoridades africanas se presenta como un elemento central para legitimar la narrativa francesa respecto a la necesidad de su participación dada la inestabilidad regional (Powell, 2017). Los gobiernos africanos fueron actores

centrales que no solo permitieron la politización y securitización de los asuntos del Sahel, sino que debido a su cercanía al gobierno francés también consolidaron y expandieron su narrativa y con ello exacerbaron el alarmismo europeo respecto a la amenaza para la seguridad europea, perpetuando así un ciclo de intervención y dependencia que ha caracterizado las relaciones franco-africanas en la región.

4.4. Balance de las intervenciones

Las operaciones Serval y Barkhane fueron inicialmente consideradas como exitosas, al lograr aparentemente los objetivos públicamente declarados por el gobierno francés en cuanto a la expulsión de los grupos yihadistas (Boserup & Martinez, 2018). Sin embargo, conforme transcurrió el tiempo, las intervenciones militares francesas demostraron su ineficiencia al permitir la dispersión de diversos grupos yihadistas por todo el Sahel Occidental y contribuir de manera significativa a la desestabilización de la región con la escalada de violencia.

Por una parte, aunque el objetivo principal anunciado públicamente por el gobierno francés desde el inicio de la operación Serval en 2013 fue la reducción de la violencia regional y la desarticulación de los grupos yihadistas, para 2017 se hizo evidente que estos grupos, lejos de replegarse, consolidaron alianzas y formaron coaliciones que facilitaron su expansión y fortalecimiento en los países limítrofes de Mali (Boserup, Martinez, 2018). Esta perspectiva es respaldada por autores como Boeke y Schuurman (2015), quienes, si bien aceptan la efectividad inicial de la operación, la caracterizan como provisional, señalando que, aunque logró restablecer el *status quo* previo en Mali, no abordó ninguna de las causas subyacentes que provocaron la rebelión. Adicionalmente, estas operaciones facilitaron la proliferación de armamento en la región, lo que impactó negativamente en los indicadores de seguridad. Chafer, Cumming, y Van der Velde (2020) continúan con esta afirmación enfatizando en cómo la seguridad se deterioró desde el inicio de las intervenciones francesas y cómo, a partir de 2015, la violencia, en lugar de disminuir, ha experimentado constantes escaladas a nivel regional.

En esta misma línea, diversos índices internacionales documentaron un incremento significativo de la violencia y las víctimas mortales en los países donde Francia desplegó intervenciones militares. Esta tendencia se constata claramente en el "Global Terrorism Index", donde, como ilustran las Figuras 1 y 2, se observa una evolución dramática: mientras en 2014 existía un impacto terrorista notable en Mali, y de manera más moderada en Níger, para 2019, año previo al inicio de la ola de

golpes de Estado, el panorama había cambiado radicalmente, situando a Burkina Faso, Mali y Níger entre los países más gravemente afectados por el terrorismo.

Figura 1.

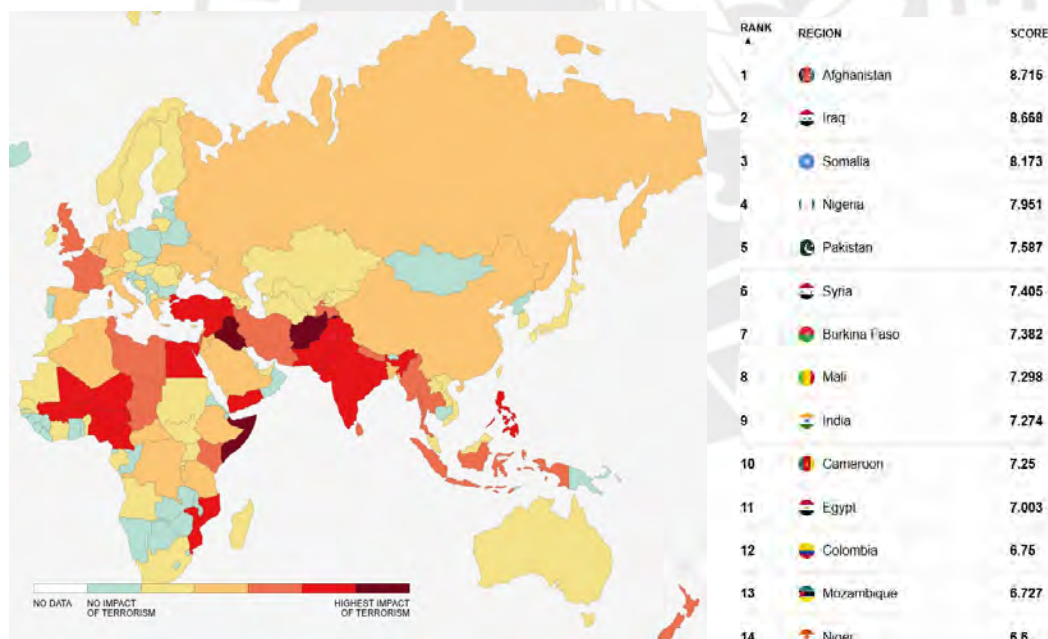
Global Terrorism Index 2014



Fuente: Institute for Economics & Peace (2014)

Figura 2.

Global Terrorism Index 2019



Fuente: Institute for Economics & Peace (2019)

El principal factor que limitó la eficacia de las operaciones francesas contra la violencia yihadista fue, indudablemente, su desatención a las dinámicas locales, sociales y políticas que permitían que los grupos yihadistas ganaran la simpatía de la población. Los indicadores de 2019, evidencian que después de más de cuatro

años de intervención y una considerable inversión de recursos financieros y humanos, una crisis como la que atraviesa el Sahel Occidental no puede ser superada con medidas meramente reaccionarias, sino que requiere enfoques cohesivos orientados a atender las causas estructurales del problema.

La percepción de violencia generalizada en 2019, al converger con los impactos económicos, sociales y sanitarios derivados de la pandemia de COVID-19 en 2020, generó un profundo descontento entre la población, constituyendo el escenario propicio para el inicio de la “ola” de golpes de Estado en la región. Desde entonces, las juntas militares que tomaron el poder han sostenido como principal justificación para su accionar la ineficiencia de las intervenciones francesas para acabar con la violencia y su impacto desestabilizador en la región, argumentación que sustentan en los indicadores previamente mencionados. No obstante, sus resultados en materia de respuesta a la violencia continúan siendo notablemente similares, puesto que tanto antes como después del retiro de las tropas francesas, países como Mali, Níger y Burkina Faso siguen ocupando posiciones críticas en los índices mundiales de terrorismo.

Por otra parte, las intervenciones francesas introdujeron mayores elementos de inestabilidad en la región. Las operaciones francesas reforzaron los regímenes y modelos de gobernanza que inicialmente condujeron a la crisis regional, contribuyendo a la desintegración del orden político establecido (Powell, 2017). Esta situación se deriva en gran medida del respaldo francés a las élites del Sahel, quienes, amparados en el apoyo francés, mantienen sus esquemas clientelistas y de distribución inequitativa de la riqueza. Este fenómeno no solo ha impactado la gobernanza regional, sino también ha deteriorado la relación entre la población y sus respectivos gobiernos. La ciudadanía interpreta los estrechos vínculos entre el gobierno francés y sus contrapartes sahelianas como una evidencia adicional de corrupción y de priorización de los intereses de las élites por encima de las preocupaciones locales. Esta percepción trasciende lo meramente subjetivo, pues la evidencia ha demostrado que la colusión francesa con los regímenes sahelianos ha desempeñado un papel fundamental en la génesis y configuración de la violencia que actualmente asola la región (Powell, 2017).

El cuestionamiento crucial radica en comprender cómo se llegó a estos resultados, a pesar del considerable despliegue francés de recursos materiales y narrativos. Un análisis preliminar revela que el fracaso de las intervenciones

francesas se debe principalmente a su enfoque cortoplacista, que descuidó las necesidades más urgentes de la población y exacerbó la posibilidad de conflictos y agitación social a largo plazo.

Francia y sus aliados occidentales han ejecutado operaciones fundamentadas exclusivamente en sus propias prioridades, desatendiendo las causas estructurales de la crisis regional y los intereses de los estados sahelianos y su población, lo que evidencia una profunda desconexión con las prioridades de seguridad locales. Esto se manifiesta claramente en el enfoque mismo de las intervenciones que, al ser concebidas únicamente en términos militares, ignoraron la naturaleza multidimensional de la crisis. Esta aproximación, a largo plazo, se transformó en un el espacio perfecto para cultivar el extremismo violento y el terrorismo, ya que los grupos extremistas a menudo buscaban nuevos reclutas entre las comunidades más pobres y afectadas por los agravios previamente identificados (Chafer, Cumming, y Van der Velde, 2020). Tull (2019) también señala las graves consecuencias de estas intervenciones en la percepción de la sociedad civil, observando cómo con el transcurso del tiempo, los ciudadanos de Mali, Níger y Burkina Faso llegaron a catalogar el accionar francés como invasivo y paternalista, mientras negaba la experiencia y capacidad de acción de los actores del Sahel.

En conclusión, las operaciones francesas funcionaron como instrumentos cruciales de la política exterior francesa, tanto para salvaguardar su seguridad y endurecer su política migratoria, como para perseguir su aspiración de proyectarse como potencia relevante en el sistema internacional. Sin embargo, como señala Yates (2018), la intensidad excesiva de estas intervenciones podría haber resultado, además de en un innegable fracaso, en un debilitamiento de la posición francesa hasta el punto de comprometer su capacidad de autodefensa.

4.5. Impacto de las intervenciones en el sentimiento antifrancés

Las operaciones militares francesas en el Sahel suscitaron numerosas críticas hacia la presencia de interventores internacionales en la región, quienes fueron ampliamente percibidos como “invasores imperialistas” (Baldaro, 2020). Esta percepción contribuyó significativamente a la canalización de un sentimiento anti-extranjero generalizado, que se manifestó con particular intensidad contra Francia debido a su histórico legado colonial. Las operaciones Barkhane y Serval tuvieron un impacto profundo y adverso en la región, no solo por su evidente ineficacia en el objetivo declarado de contener a los grupos yihadistas, sino también

por el efecto devastador que tuvieron en la ya frágil legitimidad de las élites gubernamentales sahelianas.

La estrecha colaboración entre las élites gubernamentales francesas y sahelianas constituye un elemento fundamental para comprender cómo el contexto contemporáneo catalizó la politización del sentimiento antifrancés. Académicos como Tull (2019) caracterizan esta colaboración como una asociación inherentemente disfuncional, en la cual ninguna de las partes ha mostrado una voluntad real de distanciamiento, dado el beneficio mutuo que esta relación les proporcionaba.

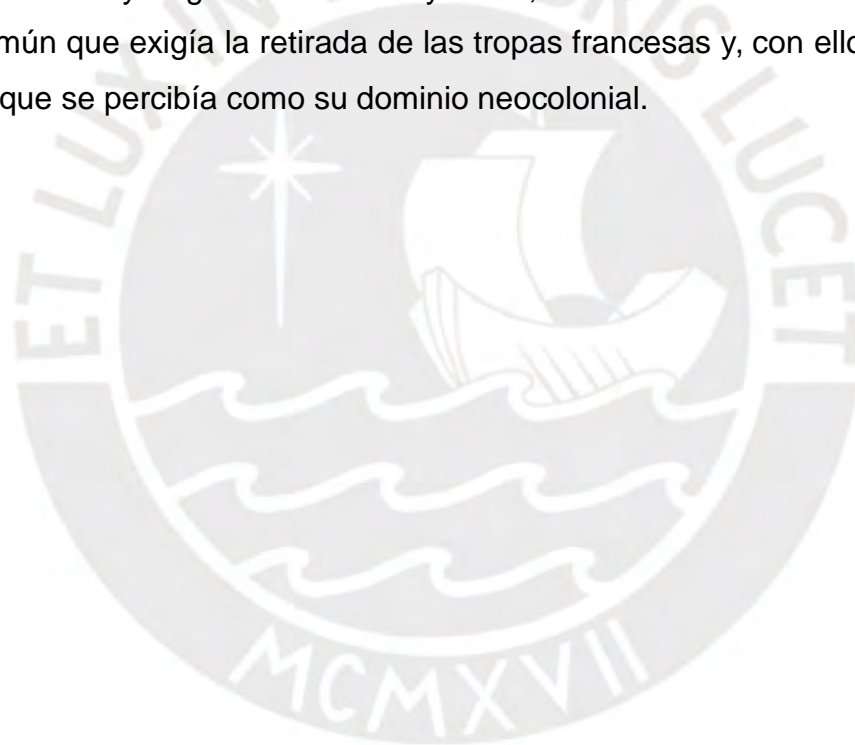
Las sociedades sahelianas comparten una perspectiva similar, interpretando la continuidad histórica de las intervenciones francesas como una problemática profundamente política sobre la soberanía nacional (Guichaoua, 2020). Para la población civil, esta dinámica no solo evidenciaba la incapacidad de sus gobiernos para gestionar las crisis de manera autónoma, sino que también sugería una preocupante cooptación por parte del gobierno francés. Consecuentemente, conforme las intervenciones se prolongaban, tanto Francia como los gobiernos africanos experimentaron un progresivo deterioro del apoyo público, especialmente entre aquellos sectores más comprometidos con la defensa de la soberanía nacional.

Baldaro (2020) enfatiza el carácter polarizador de estas operaciones militares y su respaldo a estados locales deslegitimados, cuyas prácticas corruptas y represivas contribuyeron paradójicamente a la radicalización y al fortalecimiento de los grupos yihadistas. Esta polarización se manifestó de manera particularmente notable en la población civil quien, a pesar de constituir las principales víctimas de la violencia tanto yihadista como gubernamental, llegó a expresar en algunos casos una preferencia por el gobierno de los grupos yihadistas, percibiéndolos como defensores más auténticos de los intereses populares, en contraste con unos gobiernos aparentemente subordinados a los intereses franceses.

En conclusión, las operaciones militares francesas no solo fracasaron en alcanzar su objetivo principal, sino que además jugaron un papel determinante en el complejo proceso de politización del sentimiento antifrancés y en los subsiguientes golpes de Estado que se apoyaron en esta narrativa. La magnitud de la polarización generada por las intervenciones francesas y su gestión a lo largo de los años se ilustra claramente en el caso de la ciudad maliense de Gao. Esta localidad, que

albergaba la mayor base militar francesa, nunca había manifestado oposición significativa a la presencia francesa hasta que, a partir de 2019, comenzó a exhibir tensiones y cuestionamientos crecientes tanto hacia Francia como hacia el propio gobierno de Mali (Guichaoua, 2020).

Los cuestionamientos sobre la fragilidad estructural de la ayuda y asistencia militar francesa trascendieron gradualmente más allá de los colectivos directamente implicados, como los grupos yihadistas o los sectores de la sociedad civil más vinculados a nociones de soberanía nacional (Peltier, 2023). Estos cuestionamientos generaron un amplio apoyo popular en favor del fin de las intervenciones francesas, incorporándose definitivamente a la agenda pública nacional de los estados del Sahel Occidental. Este clima político preparó el terreno para los golpes de Estado en Mali, Burkina Faso y Níger entre 2020 y 2023, facilitando la articulación de una narrativa común que exigía la retirada de las tropas francesas y, con ello, el principio del fin de lo que se percibía como su dominio neocolonial.



Capítulo 5: Influencia de actores no occidentales

5.1. Contexto de la influencia no occidental en el Sahel

El Sahel Occidental, como el continente africano en su conjunto, ha sido históricamente conceptualizado como una zona de influencia europea. Sin embargo, durante la Guerra Fría, los vínculos regionales se diversificaron por el interés de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) en confrontar a Occidente. La Unión Soviética, en su estrategia de expansión global, respaldó movimientos de independencia africanos, proporcionando ayuda militar a países como Angola, Mozambique, Etiopía y Guinea (Duursma y Masuhr, 2022).

En paralelo, los estados asiáticos establecieron una mayor proximidad con las naciones africanas. La Conferencia de Bandung (1955) constituyó un hito fundamental al reunir representantes de 29 naciones y territorios asiáticos y africanos en Indonesia (Schmidt, 2024). Este encuentro marcó un precedente histórico al establecer intereses comunes para promover la cooperación económica, cultural y la descolonización del sur global. Desde entonces, China manifestó un compromiso constante con África, materializado mediante subvenciones y préstamos para proyectos de desarrollo en Argelia, Egipto, Ghana, Guinea, Malí, Tanzania y Zambia durante los años sesenta y setenta.

El fin de la Guerra Fría transformó significativamente esta dinámica. Tras la disolución de la URSS, Rusia experimentó un período de menor participación en el continente africano debido a problemas internos. No obstante, desde la década del 2000, bajo el liderazgo de Vladímir Putin, el país ha mostrado un renovado interés por el continente, fortaleciendo vínculos en torno al acceso a recursos naturales, cooperación militar y acuerdos militares (Duursma y Masuhr, 2022). En el contexto de unipolaridad estadounidense, China modificó su aproximación al continente africano, considerándolo primordialmente como fuente de materias primas y mercado para productos chinos, en lugar de un campo ideológico como anteriormente (Schmidt, 2024). La República Popular China comenzó a establecer relaciones con Estados africanos según su importancia material y estratégica para sus planes de desarrollo.

Estos antecedentes permiten comprender que, si bien los estados occidentales fueron los actores de más constante influencia, también actores no occidentales han mantenido una presencia histórica significativa. Por ello, resulta crucial evaluar críticamente las afirmaciones de autoridades gubernamentales como

el presidente francés Emmanuel Macron, quien denuncia con alarma una “reciente” y “voraz” intervención de actores no occidentales que aprovechan el pasado colonial para desacreditar a los estados occidentales (Torsoli, 2022). En una entrevista con Jeune Afrique, Emmanuel Macron declaró que “actores como Rusia están alimentando el sentimiento antifrancés en África al aprovechar el resentimiento postcolonial” (Ruitenbergh, 2020). Sin embargo, estas afirmaciones presentan notables contradicciones, pues la influencia de actores no occidentales en el continente africano no constituye un fenómeno nuevo.

Lo que merece un análisis más profundo es la caracterización de voracidad que Francia y sus socios occidentales atribuyen a la influencia rusa y china en la región. Dicha narrativa, como indica Tull (2019) ignora sistemáticamente la agencia de los estados y poblaciones africanas, cuando en realidad estos desempeñan un rol fundamental en el mantenimiento de vínculos con actores extrarregionales, como lo demuestra la evolución de la "*Françafrique*".

El contexto internacional, regional y local se ha transformado significativamente en las últimas décadas. Por consiguiente, resulta pertinente evaluar los incentivos emergentes para modificar las relaciones tradicionales, así como analizar la magnitud de la influencia reciente de Rusia y China en la región y su impacto en la politización del sentimiento antifrancés.

Autores como Martín (2024) argumentan que la erosión de la legitimidad social francesa ha permitido que actores como Rusia incrementen su influencia en el Sahel Occidental, lo cual se inscribe en la lógica del vacío de poder. No obstante, esta perspectiva requiere una visión crítica de las relaciones regionales y la agencia de la sociedad civil africana. Jacobsen y Larsen (2023) interpretan los recientes golpes de Estado como una "deselección" consciente de actores liberales. En este contexto, Rusia, China, Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudita y Turquía emergen no como meros ocupantes de un vacío de poder, sino como alternativas estratégicas seleccionadas activamente por sus socios africanos.

Los medios de comunicación y autoridades occidentales categorizan a Rusia y China como principales competidores en seguridad y economía, respectivamente. Inicialmente percibidos como opciones prometedoras para superar la dependencia occidental y generar desarrollo tangible, pero las evidencias recientes revelan un panorama más complejo y matizado.

La narrativa del vacío de poder debe complementarse con un análisis que reconozca la capacidad de decisión de los actores africanos. Estos no son actores pasivos, sino agentes que evalúan y seleccionan estratégicamente sus alianzas internacionales según oportunidades específicas en diversos ámbitos de cooperación. La presencia incrementada de estos actores no occidentales en el Sahel Occidental no representa simplemente una sustitución geopolítica, sino una reconfiguración dinámica de las relaciones internacionales donde los Estados africanos juegan un rol fundamental en la definición de sus propias estrategias de desarrollo y alianzas.

5.2. Influencia de Rusia en el Sahel Occidental

Tras el fin de la Guerra Fría y de la URSS, Rusia dedicó significativos esfuerzos en los noventa a su recuperación interna. Un cambio sustancial se produjo en el año 2000, cuando Moscú creó múltiples instituciones para reposicionarse como actor internacional relevante (Antwi-Boasiako, 2022). Esta estrategia de reposicionamiento abarcó medidas de *hard* y *soft power* en diversos ámbitos: cultural, económico, sanitario, educativo, militar, deportivo, de ayuda exterior y radiodifusión internacional.

Además de firmar numerosos acuerdos, Rusia estableció instituciones para difundir una imagen moderna, como la Fundación Russkiy Mir (2007), el Rossotrudnichestvo (2008) y el Fondo de Diplomacia Pública Alexander Gorchakov (2010). En 2011, fundó el Consejo Ruso de Asuntos Internacionales (RIAC), un grupo académico y diplomático destinado a vincular al país con la comunidad internacional y mejorar su política exterior (Antwi-Boasiako, 2022).

Aunque estos esfuerzos buscaban mejorar su imagen global, se enfocaron especialmente en acercarse a estados del sur global, estableciendo en 2020 una nueva Comisión Intergubernamental de Ayuda al Desarrollo. Estos movimientos reflejan una política exterior pragmática moderna, a diferencia del enfoque adoptado durante la existencia de la URSS, en esencia, ideológico (Antwi-Boasiako, 2022), enmarcada en el Concepto de Política Exterior de la Federación Rusa (CPF) vigente desde 2000 y revisado en 2008, 2013, 2016 y 2023. El distanciamiento de la era soviética evidencia un pragmatismo significativo. A pesar de que el mandato de Putin se ha caracterizado por la concentración del poder, ha adoptado un enfoque menos estadocéntrico, delegando tareas y otorgando mayor participación a actores no estatales, especialmente en actividades extrarregionales.

Como señalan Duursma y Masuhr (2022), desde mediados de 2010, las actividades de Rusia en África fueron principalmente dirigidas por Yevgeny Prigozhin a través del Grupo Wagner. Esta particularidad marca una diferencia sustancial, ya que la política rusa en África es en gran parte implementada por grupos que no están legalmente reconocidos como parte del estado, pero resguardan íntimas relaciones con él (Duursma y Masuhr, 2022).

La narrativa rusa constituye un elemento fundamental para comprender su estrategia geopolítica en África. Aprovechando el legado histórico de la URSS y su reconocido apoyo a los movimientos de liberación africanos, Moscú ha buscado consolidar una ventaja significativa al establecer vínculos estratégicos en el continente y posicionarse como un actor anticolonial. Los vínculos entre Rusia y los Estados africanos en las últimas décadas se articulan en torno a una narrativa heredada del periodo soviético, fundamentada en principios de soberanía y participación voluntaria (Duursma y Masuhr, 2022). Las autoridades rusas enfatizan sistemáticamente que su intervención se produce únicamente previa invitación de los Estados africanos, práctica que sostienen viene desarrollándose de manera consistente desde la década de los sesenta. Esta estrategia discursiva busca presentar a Rusia como un aliado eficaz que respeta los principios del panafricanismo.

Un ejemplo revelador de esta aproximación se evidenció en 2019, cuando la filtración de documentos internos rusos mostró un documento de trabajo sobre "el mundo africano" (Harding y Burke, 2019) que solicitaba el apoyo ruso para desarrollar una identidad africana fundamentada en el antiimperialismo, elemento medular del pensamiento panafricano. Este hallazgo ha llevado a numerosos analistas a destacar el pragmatismo ruso en la recuperación selectiva de elementos del legado soviético que resultan útiles para su posicionamiento internacional, observándose una creciente convergencia entre el sentimiento prorruso y la crítica antioccidental.

La estrategia rusa demanda un análisis comprensivo que considere tanto los vínculos oficiales como los informales con los Estados africanos. En el ámbito de las relaciones formales, es preciso señalar que, si bien los acuerdos de cooperación han sido constantes desde inicios de los 2000, ciertos sectores como el técnico-militar han experimentado una intensificación significativa en los últimos años. Según Martín (2024), este incremento se debe fundamentalmente al creciente aislamiento

internacional de Rusia tras su intervención militar en Ucrania en febrero de 2022. El mencionado aislamiento ha presionado a Moscú a diversificar y ampliar sus asociaciones estratégicas, posicionando a los Estados africanos como interlocutores privilegiados. Esta aproximación le permite a Rusia múltiples objetivos: continuar la comercialización de armamento, garantizar el acceso a recursos energéticos y obtener respaldo diplomático en foros internacionales. Un ejemplo ilustrativo lo constituye la Asamblea General de la ONU, donde 22 Estados africanos se abstuvieron de condenar la invasión rusa (Martín, 2024).

El contexto actual ha impulsado a Rusia a intensificar su acercamiento hacia los Estados africanos, materializado en iniciativas como la gira del ministro de Relaciones Exteriores, Serguéi Lavrov, por siete países africanos a inicios de 2023, así como la suscripción de contratos de "cooperación técnico-militar" con más de 40 países del continente en el marco de la cumbre Rusia-África (El país, 2023).

En el ámbito de los vínculos informales, resulta imprescindible analizar el rol del grupo Wagner, cuya influencia ha sido particularmente significativa en el Sahel Occidental, especialmente tras la crisis de Mali en 2012. Dicha coyuntura evidenció la necesidad de contar con cuadros militares confiables, en un contexto de debilidad institucional y corrupción estatal, lo que generó un ambiente propicio para la intervención de operadores privados (Barnay, 2024). La asistencia en seguridad proporcionada por Wagner se presentó como una alternativa a las intervenciones francesas y de organismos internacionales, que habían sido meramente toleradas y carecían de legitimidad local (Inwood y Tacchi, 2024). En 2017, el grupo desplegó una serie de franquicias semi-independientes conformadas por combatientes rusos, locales y veteranos de conflictos regionales.

La presencia más significativa del grupo se ha concentrado en Mali, donde se suscribió un contrato para el despliegue de 1.000 mercenarios destinados al entrenamiento militar y la protección de autoridades de alto rango, con el objetivo de combatir la insurgencia tuareg (Krieger, 2022). Complementariamente, como señala Barnay (2024), Wagner ha buscado consolidar su posicionamiento mediante servicios no estrictamente militares, que incluyen el acceso a líneas de crédito, gestión de actividades mineras y forestales, e incluso la producción local de vodka y cerveza, desplazando progresivamente a las empresas francesas tradicionales en estos sectores.

Estos esfuerzos de vinculación con el continente africano, tanto formales como informales, revelan la complejidad y las contradicciones intrínsecas de la narrativa rusa como potencia “libertadora” (Duursma y Masuhr, 2022). Aunque discursivamente, Rusia ha prometido apoyar el antiimperialismo y la verdadera independencia de los Estados africanos, en la práctica ha sostenido redes clientelistas de marcada dependencia. A pesar de sus intentos por presentarse como una potencia radicalmente diferente a Occidente, Rusia ha replicado patrones neocoloniales al ofrecer apoyo formal e informal a líderes autocráticos a cambio de concesiones, como la revisión de códigos mineros (Duursma y Masuhr, 2022; Barnay, 2024; Inwood y Tacchi, 2024).

Estas prácticas han sido progresivas y selectivas, lo que durante años dificultó su identificación clara. Como señalan Duursma y Masuhr (2022), hasta 2022 Rusia concentró sus esfuerzos principalmente en países africanos sancionados por Occidente y, por consiguiente, marginados. Sin embargo, tras los golpes de Estado y las solicitudes de retirada de Francia, los activos rusos lograron posicionarse de manera más estratégica en países como Malí, Burkina Faso y Níger. De manera particular, el grupo Wagner, ahora African Corps bajo el liderazgo del general Averyanov tras el fallecimiento de Prigozhin, realizó múltiples visitas a Estados africanos, incluyendo Burkina Faso y Níger, sosteniendo reuniones con los líderes golpistas Ibrahim Traoré y el general Salifou Modi, respectivamente (Inwood y Tacchi, 2024).

En suma, el “retorno” de Rusia al continente africano ha sido una estrategia sostenida de política exterior bajo el mandato de Putin. No obstante, en los últimos años esta relación se ha intensificado debido a la necesidad rusa de encontrar respaldo internacional y recursos financieros. Estas prácticas, a pesar de fundamentarse en narrativas antiimperialistas, evidencian un marcado sesgo neocolonial. Como comentan Inwood y Tacchi (2024), el apoyo ruso ha estado condicionado: a nivel formal, mediante la extracción de oro por un valor cercano a los USD\$ 2.500 millones, útiles para financiar la guerra en Ucrania; y a nivel informal, con la toma de control de la mina de oro Intahaka en Malí por combatientes del Grupo Wagner.

Esta situación, para múltiples autores, puede interpretarse como una “nueva lucha por África”, motivada por el retiro de tropas francesas y la intensa inserción de agentes rusos. Si bien es cierto que el panorama geopolítico se ha reorganizado

respecto a las potencias extrarregionales, también se ha llevado a cabo una reorganización regional liderada por las propias fuerzas africanas, materializada en la formación de la Alianza de Estados del Sahel en septiembre de 2023. Dicha alianza ha manifestado un expreso rechazo a Francia y un cada vez mayor interés por estrechar los lazos de sus naciones con Rusia. En uso pleno de su agencia están fomentando reuniones y acciones conjuntas con Rusia, pues este es visto como una “alternativa” a Francia. Por ello, resulta imprescindible analizar la agencia africana en este complejo proceso de reconfiguración geopolítica.

5.3. Influencia de China en el Sahel Occidental

La República Popular China, a diferencia de otras naciones, sitúa las relaciones con países en vías de desarrollo como eje central de su política exterior (Kabunda y Bello, 2007). Este interés ha evolucionado con el tiempo, transitando de lo ideológico a un especial énfasis en lo material-comercial en los últimos años. En el contexto de la globalización, con sus múltiples oportunidades y desafíos, China ha buscado insertarse en la sociedad internacional mediante relaciones comerciales y económicas que le permitan conquistar mercados y obtener materias primas. Con la participación de Beijing, el continente africano dejó de ser un espacio de influencia exclusivamente europea.

Las estrategias de inserción china se han caracterizado por el pragmatismo y el gradualismo, aprovechando el marco jurídico y económico preexistente y transformando completamente su participación en el sistema internacional, que treinta años antes se fundamentaba en la exclusión y la contestación (Kabunda y Bello, 2007). En esta línea de acción, China ha tratado de promover su percepción como una potencia “responsable y benevolente”, comprometiéndose con múltiples proyectos de cooperación para el desarrollo en el continente africano.

La creciente influencia china en África ha generado considerable preocupación entre las potencias occidentales, quienes desde 2006 ya señalaban el accionar chino como “voraz” mediante múltiples declaraciones. “En los medios de comunicación anglófonos, la mayoría de las evaluaciones sobre las perspectivas de China se ven empañadas por la retórica de la Nueva Guerra Fría, que presenta a Xi Jinping como empeñado en dominar el mundo y llama a las fuerzas de la civilización a detenerlo” (Schmidt, 2024, párr. 1). Estas afirmaciones requieren un análisis cuidadoso, pues existe una diferencia contextual importante respecto a la previa Guerra Fría. En la actualidad, las dinámicas geopolíticas son más complejas: existen

múltiples polos de poder y los estados en vías de desarrollo poseen una capacidad de agencia significativamente mayor que en la década de los sesenta.

Es relevante señalar que, a pesar de la creciente preferencia de varios Estados africanos por China, esta sigue siendo una relación fundamentalmente sectorial y marginal. Ello se evidencia al analizar los principales socios comerciales de los países del Sahel. En Mali, por ejemplo, China ocupó el cuarto lugar en exportaciones con USD \$77,5 millones en 2022 (1% de las exportaciones totales de Mali), mientras que se posicionó en el tercer lugar en importaciones con USD \$581 millones (9% de las importaciones de Mali), apenas un puesto por encima de Francia, que exportó USD \$367 millones en el mismo período, según datos del Observatorio de la Complejidad Económica (OEC). En Níger en 2022, la situación presentó matices similares: China se ubicó en el tercer lugar de exportaciones con USD \$290 millones (menos del 10% de las exportaciones totales de Níger), pero lideró las importaciones con USD \$783 millones (22% de las importaciones), superando a Francia por casi 300 millones. Mientras tanto, en Burkina Faso, aunque China no logró posicionarse como un socio principal en exportaciones durante 2022, en importaciones ocupó el segundo lugar con un total de USD \$620 millones (12% del total de importaciones de Burkina Faso), aventajando a Francia por más de USD \$250 millones.

Ello demuestra que, si bien China se está posicionando poco a poco y en ciertos sectores como un socio crucial para los estados del Sahel Occidental, ello no significa directamente el abandono o reemplazo de Francia. Por el contrario, las cifras revelan el interés de los Estados africanos por gestionar por ellos mismos sus vínculos económicos, y gestionarlos mediante una amplia diversificación de socios. Esta diversificación va más allá de la dicotomía representada por los medios de comunicación respecto a China y Francia, y en realidad incluye a muchos otros estados extrarregionales como Australia, Suiza, emiratos Árabes Unidos y Turquía, además de estados que se perfilan como potencias regionales en sus determinados rubros como Angola, Egipto y Costa de Marfil.

La participación china en el continente africano presenta una notable variabilidad tanto temática como geográfica, sin ser uniforme en los 54 estados que lo componen. Desde inicios de la década de 2000, China se ha posicionado como un socio estratégico regional, con un marcado interés selectivo en determinados países. Esta particularidad queda evidenciada por los datos de inversión extranjera directa

(IED) de la iniciativa de investigación China-África de la Universidad Johns Hopkins. En 2022, la IED china se concentró significativamente en países específicos: 5,741 millones de dólares en Sudáfrica, 4,129 millones en la República Democrática del Congo, 2,620 millones en Etiopía y 2,323 millones en Nigeria.

Complementariamente, la base de datos sobre préstamos chinos hacia África (CLA, por sus siglas en inglés) del Centro de Políticas de Desarrollo Global de la Universidad de Boston reveló una focalización de los préstamos en sectores estratégicos: energía, transporte y tecnologías de la información y comunicaciones. En estas estadísticas, Angola emerge como el principal receptor en energía y transporte, obteniendo 25.9 y 7 mil millones de dólares respectivamente entre 2000 y 2023. En tecnologías de información, Etiopía lideró con 3.1 mil millones de dólares en el mismo periodo.

En contraste, la presencia china en los países del Sahel Occidental, analizados en el presente texto, resulta considerablemente más limitada. Según datos de la universidad Johns Hopkins, en 2022 Níger, Mali y Burkina Faso recibieron apenas 1853, 478 y 6 millones de dólares en IED respectivamente. La base de datos CLA confirma esta tendencia: los préstamos en áreas prioritarias para estos países entre 2000 y 2023 no superaron mil millones de dólares (Níger: 515.8 millones; Mali: 583.7 millones; Burkina Faso: 207.4 millones). Estos datos demuestran que, si bien existe un creciente interés mutuo entre China y los Estados africanos, los vínculos permanecen severamente acotados a sectores y regiones específicas.

Asimismo, la inserción china en el Sahel va más allá de flujos comerciales e inversión. La participación china en el último siglo también ha aumentado en materia de cooperación para el desarrollo, no obstante, la cooperación tradicional continúa desempeñando un papel fundamental, y en la práctica, China rara vez compite directamente con los donantes tradicionales (Swedlund, 2017). Estas circunstancias contradicen las aseveraciones occidentales sobre una completa injerencia china, pues en realidad su influencia se limita a sectores específicos como economía e infraestructura, con una maquinaria reducida que responde tanto a los intereses y agendas asiáticas como africanas. Siguiendo a Ndinga-Muvumba y Corkin (2009), las recientes vinculaciones entre los Estados africanos y China responden directamente a la agenda de dichos estados, quienes ven en China una opción

atractiva que les ofrece beneficios similares a los de Occidente, pero sin los condicionamientos relacionados con la democracia.

Ello demuestra que las narrativas occidentales carecen de veracidad, ya que la influencia china no ha provocado directamente la disminución del poder occidental, sino que representa más bien un síntoma de la debilidad de dichos estados y de la búsqueda saheliana de nuevos socios estratégicos.

En la tarea de diversificar sus socios estratégicos, China emerge como una opción particularmente atractiva. Más allá de su presencia económica en desarrollo en los estados del Sahel Occidental, el gigante asiático ha desplegado una significativa fuerza ideológica que penetra profundamente en las sociedades africanas. Desde hace más de una década, el presidente Xi Jinping ha convertido la vinculación con países en vías de desarrollo en uno de los ejes centrales de la política exterior china. Esta aproximación se ha hecho notoria con múltiples menciones a la búsqueda de una “comunidad global de futuro compartido”, narrativa que ha sido reiteradamente expuesta en documentos oficiales, especialmente en el libro blanco «*China y África en la nueva era: una asociación de igualdad*». Asimismo, a través de múltiples declaraciones, particularmente en el marco de la cumbre de Pekín del Foro para la Cooperación entre China y África (FOCAC), el gigante asiático ha enfatizado el desarrollo de la solidaridad y la cooperación como elementos fundamentales de su relación con 53 estados del continente africano. El mandatario chino así lo hizo en la cumbre FOCAC de septiembre de 2024, mediante su discurso principal titulado “Trabajar juntos para fomentar la modernización y construir la comunidad de futuro compartido”.

Esta estrategia toma especial relevancia en la totalidad del continente africano al reivindicar su pasado no colonial y posicionarse como una potencia emergente, responsable y benevolente, con un destino de desarrollo compartido. No obstante, ha encontrado un terreno especialmente fértil en los estados del Sahel Occidental, particularmente entre los líderes golpistas de Mali, Burkina Faso y Níger. Sin embargo, el discurso oficial chino, aunque calando profundamente en las autoridades locales, no ha logrado permear completamente las sociedades sahelianas. Las comunidades del Sahel Occidental mantienen una mirada crítica hacia la participación china, interpretándola como un proyecto potencialmente neocolonial. Esta percepción se alimenta de experiencias previas en otros Estados africanos como Angola, Etiopía o Yibuti. Investigadores como Schmidt (2024)

refuerzan estas reservas, denunciando las problemáticas condiciones laborales en empresas estatales chinas y el incremento de deudas mediante proyectos de infraestructura. Autores como Kabunda y Bello (2007) han profundizado esta crítica, señalando que el interés de China en la región parece reducirse primordialmente a dimensiones comerciales, descuidando aspectos sociales y humanitarios.

Tales cuestionamientos se tornan cada vez más frecuentes en la región, generando que la población civil continúe percibiendo a China no como un aliado desarrollista, sino como una potencial amenaza futura. Las suspicacias son mayores con estados que han vivido por décadas el legado colonial con la *françafrique*. Las poblaciones de dichos estados del Sahel Occidental, si bien han empezado a ver a china como una opción dadas las declaraciones de sus nuevas autoridades, aún presentan serias reticencias a que la presencia china domine sus estados y se convierta en poder colonial similar del que tratan de escapar alejando a Francia. Esta es una tendencia que aún debe explorarse, pero que ya ha expresado sus primeras manifestaciones públicas en redes sociales como “X” (previamente Twitter).

5.4. Propaganda e impacto en el sentimiento antifrancés

Como se ha evidenciado previamente, tanto Rusia como China han fundamentado gran parte de su estrategia en una narrativa que les permite diferenciarse de los tradicionales socios de la región, tanto directa como indirectamente. Mediante la diplomacia pública, los medios de comunicación y la celebración de reuniones bilaterales, ambas naciones buscan presentarse como actores más “amigables” que aspiran llevar prosperidad a África y distanciarse del legado colonial occidental. Las narrativas chinas y rusas, pese a compartir este elemento común, se diferencian entre sí.

Por un lado, la narrativa rusa va más allá de la simple diferenciación del modelo occidental; busca activamente su desacreditación sistemática. Mediante plataformas mediáticas como Russia Today y Sputnik, Rusia despliega una estrategia de propaganda diseñada para presentar a Francia y occidente como obstáculos fundamentales para el desarrollo africano. Esta aproximación comunicacional ha generado una profunda preocupación en Francia, según lo documentado por Antwi-Boasiako (2022), la cual se ha intensificado al observar los discursos emergentes durante las protestas posteriores a los golpes de Estado en el Sahel Occidental. En estos escenarios, la población manifestó mensajes sorprendentemente alineados con la narrativa rusa: por un lado, responsabilizando a

occidente por la mayoría de los males de la región, y por otro, exaltando a Rusia como una promesa de futuro alentador.

Por otro lado, China, aunque busca distanciarse del modelo occidental, no ha enarbolado una narrativa específica de descrédito hacia Francia. El impacto chino en el Sahel Occidental se debe a su narrativa desarrollista y a las facilidades que fomenta en otros estados del continente, lo que lo presenta una opción cada vez más atractiva para Mali, Burkina Faso y Níger, aunque aún no sean un actor tan influyente económicamente como los medios de comunicación manifiestan. Pese a que la inserción de China en los países bajo análisis aún es incipiente, también presenta sus críticas y reparos relacionados con la posibilidad de fomentar lazos neocoloniales, no obstante, esta tendencia aún debe ser analizada en profundidad conforme cambien las dinámicas y lazos se estrechen.

No obstante, aunque estas narrativas pudieron ser influyentes en la consolidación del sentimiento antifrancés en los últimos años, de ninguna manera determinaron los golpes de Estado y la posterior retirada de Francia de Malí, Burkina Faso y Níger. Como señala Antwi-Boasiako (2022), estos acontecimientos son sustancialmente más complejos que una simple respuesta a narrativas antioccidentales. Además, como se ha mencionado, la influencia de Rusia y China sigue siendo sectorizada, por lo que en el contexto inmediatamente previo a los golpes nunca representó una ruptura definitiva con Francia, pues los Estados africanos aún lo consideraban un actor necesario (Baudoin, 2023).

En este sentido, la narrativa del presidente Emmanuel Macron respecto a una supuesta estrategia rusa “depredadora” destinada a alimentar el sentimiento antifrancés en África —un continente donde Francia ha experimentado reveses militares y ha perdido influencia en los últimos años (Torsoli, 2022)— carece de veracidad. La propaganda y los acercamientos con estados no occidentales sin duda contribuyeron a la consolidación del sentimiento antifrancés, pero no lo generaron, como pretende presentar Francia en el marco de su narrativa de victimización.

Conclusiones

La ola de golpes de Estado que atraviesa el Sahel Occidental desde el año 2020 comparte un factor común, el sentimiento antifrancés. Este sentimiento es usual entre las excolonias francesas, no obstante, su materialización tiene diferencias significativas. En estados como Mali, Burkina Faso y Níger, los golpes de estados fueron justificados y posteriormente legitimados con claras manifestaciones de sentimiento antifrancés a través de protestas multitudinarias. Mientras que en países como Chad, que también sufrieron golpes de Estado en ese periodo, el sentimiento antifrancés no alcanzó tanta legitimidad inmediata y recién en los últimos meses del 2024 el proceso de politización de dicho sentimiento se materializó en medidas concretas de expulsión.

Ello nos demuestra que los golpes de Estado no fueron en sí mismos los que generaron el sentimiento antifrancés ni mucho menos. El sentimiento antifrancés es un fenómeno multicausal asentado en el legado colonial y sus prácticas actuales. Entenderlo en el contexto actual requiere examinar el momento preciso que se ha creado desde la crisis en Mali de 2012, el cual permitió que ciertos actores africanos tomaran liderazgo y politizaran el sentimiento.

A lo largo de la investigación se han analizado tres factores que en gran medida fueron señalados como los responsables de dicha agitación social en torno al sentimiento antifrancés, con el objetivo de balancear su impacto real en la politización de dicho sentimiento. No obstante, como se anticipó la presente investigación, reconoce que dichos factores no son los únicos. Las complejas y diversas realidades que atraviesan los estados del Sahel Occidental a nivel nacional, regional y global demuestran que encasillar el análisis en un número limitado de factores reduce la realidad. Las explicaciones tras los patrones comunes en los golpes de estados y las posteriores acciones de las juntas militares con una clara carga de sentimiento antifrancés deben ser entendidas desde un prisma más amplio, que supere las narrativas de los medios de comunicación y las declaraciones de las autoridades estatales.

En primer lugar, resulta imperativo matizar adecuadamente el rol de los grupos yihadistas en el contexto regional. Si bien una observación superficial de muchos medios de comunicación ha tendido a presentarlos como los principales catalizadores de los golpes de Estado y de las manifestaciones de rechazo hacia Francia, la realidad es más compleja. Los grupos yihadistas desempeñan,

ciertamente, un papel significativo al lograr cohesionar a diversos sectores de la población mediante la politización de narrativas antioccidentales; sin embargo, no son los únicos responsables de sostener el sentimiento antifrancés.

Los grupos yihadistas han desempeñado un rol crucial en este proceso de politización, movilizándolo a la sociedad y posicionando en la agenda pública las consecuencias negativas de la influencia occidental, particularmente francesa. Una de sus contribuciones más relevantes ha sido el descrédito de las élites gobernantes africanas, remarcando que aún no superan el legado colonial, pues se encontraban coludidas con poderes extrarregionales e ignoraban sistemáticamente las necesidades nacionales. La trascendencia de estos grupos se sustenta no solo en su capacidad narrativa, sino en su poder territorial real. Su control sobre extensas áreas de Mali, Níger y Burkina Faso les ha permitido extender su discurso y campo de acción.

Los movimientos yihadistas construyen sus narrativas basándose tanto en prácticas coloniales históricas como en acciones occidentales recientes. Su estrategia implica una interacción permanente con la población, ya sea mediante el reclutamiento directo o generando ciertos niveles de tolerancia, así como estableciendo complejas relaciones con las autoridades regionales. La sociedad civil en el marco del postcolonialismo ha identificado los agravios mencionados por los grupos yihadistas como certeros y han enarbolado sus propias estrategias para responder a ello, ya sea uniéndose a las filas de dichos grupos o estableciendo formas de resistencia y protesta como los posteriores a los golpes de Estado. Esto evidencia que, si bien el sentimiento antifrancés ha sido fundamental para su construcción y consolidación, no son los únicos actores que han fomentado la actual situación de conflictividad.

El proyecto político de estas organizaciones yihadistas ha procurado fortalecer sus bases mediante una promesa de transformación que, en la práctica, ha demostrado ser más retórica que sustantiva. En lugar de abordar efectivamente las problemáticas que acechan a la población, han instrumentalizado dichas cuestiones con el propósito de expandir su influencia y satisfacer sus propios intereses. Por consiguiente, muchas de sus manifestaciones de rechazo hacia Francia pueden interpretarse fundamentalmente como un mecanismo politizador que utilizan de manera circunstancial según su conveniencia.

Resulta, por tanto, poco razonable atribuir a estos grupos la responsabilidad exclusiva del sentimiento antifrancés, puesto que incluso en períodos de escasa intervención por parte de estos grupos, dicho sentimiento ha logrado mantenerse como una relativa constante a través del tiempo, evidenciando raíces más profundas que trascienden la mera incidencia de la actividad yihadista.

En segundo lugar, el análisis de la influencia francesa en la región a través de sus intervenciones militares resulta imprescindible para comprender la evolución del sentimiento antifrancés. Francia parece comportarse como un imperio reticente a desaparecer, lo cual se materializa en el complejo entramado de vínculos conocido como *françafrique*. Sus intervenciones militares, particularmente Serval y Barkhane, se sustentaron aparentemente en la premisa de la debilidad estatal africana para enfrentar a los grupos yihadistas. No obstante, estas operaciones distaban de una genuina preocupación humanitaria, respondiendo más bien a prioridades de corto plazo: contener la migración hacia Europa, neutralizar insurgencias del complejo global yihadista y preservar su imagen como potencia.

Lejos de resolver los conflictos, tales intervenciones provocaron una profunda polarización. Por un lado, beneficiaron a élites locales complacientes; por otro, sometieron a los grupos más vulnerables a una violencia dual, ejercida tanto por insurgentes como por fuerzas francesas.

Este contexto demuestra que la crisis de legitimidad francesa, pese a lo que su narrativa inicial buscaba precisar, no puede atribuirse exclusivamente a factores externos. El sentimiento antifrancés ha sido politizado en gran medida gracias a las propias acciones francesas y las de sus socios locales, socavando sistemáticamente su credibilidad en la región. Por tanto, es posible entender en gran parte la politización del sentimiento antifrancés y la crisis de legitimidad de Francia en el Sahel Occidental como una crisis autoinfligida.

Asimismo, es pertinente mencionar que el legado y vigencia de la *françafrique*, pese a la presente crisis de legitimidad, aún está lejos de desaparecer, pues, aunque la presencia militar se ha reducido, aún se mantienen otras prácticas neocoloniales como las referentes a su influencia económica en el marco del CFA y los flujos comerciales que sostienen hasta diciembre de 2024.

En tercer lugar, la investigación analizó la influencia de dos actores extrarregionales no occidentales que sin duda están cambiando el panorama regional al reorganizar alianzas, y generar nuevas tensiones y dinámicas

geopolíticas. Estos actores no son *per se* nuevos en el Sahel Occidental, pero ante la crisis de legitimidad de las tradicionales potencias occidentales están obteniendo un mayor margen de maniobra.

Si bien en los últimos cuatro años tras los golpes de Estado, Rusia y China han sido presentados por numerosos medios de comunicación como los nuevos socios hegemónicos del continente africano, la realidad evidencia que estos actores todavía mantienen un rol considerablemente sectorizado y marginal en el Sahel Occidental.

Por una parte, China, a pesar de constituir el principal socio comercial del continente en su conjunto, implementa una aproximación diferenciada según las particularidades de cada Estado. En el caso específico de Mali, Burkina Faso y Níger, China, en el período previo a los golpes de Estado, no representaba aún una influencia comercial significativa, pues su participación se mantenía limitada y eclipsada por los tradicionales socios occidentales. Tras los acontecimientos golpistas, se anticipaba un incremento sustancial de esta influencia y, aunque efectivamente ha aumentado, continúa sin ostentar una posición preponderante en los Estados analizados. Por otra parte, aunque Rusia mantiene vínculos notablemente más estrechos con los Estados del Sahel Occidental aquí examinados, tanto a través de mecanismos formales —como acuerdos militares— como de canales informales —principalmente mediante la actividad del grupo Wagner—, su presencia no alcanzó la magnitud pronosticada por el gobierno francés durante el período de golpes de Estado.

En los últimos meses del 2024 esto ha ido cambiando, como lo demuestra las invitaciones de Rusia hacia las autoridades de la Alianza de Estados del Sahel (AES) para participar de foros de seguridad y cooperación en miras al 2025. No obstante, es importante reconocer que las sociedades y Estados africanos no son simples receptores de dicho apoyo o intenciones, y, por tanto, responden a ellas, eligiendo activamente. Por ello, aunque la influencia de estados extrarregionales no occidentales ha facilitado la politización del sentimiento antifrancés en la medida que resalta el problema de la influencia francesa y presenta futuras alternativas, no generó la politización en sí misma. Los actores africanos adoptaron ciertas creencias, mientras que a su vez enarbolaron su propia agenda y pedidos particulares, lo que resultó en decisiones consecutivas de rechazo a Francia y la búsqueda de alternativas al desarrollo.

Reconociendo la contribución de estos tres factores —grupos yihadistas, intervención francesa y actores extrarregionales— es posible corroborar que el proceso de politización del sentimiento antifrancés posee una historia interna única en cada estado. Una historia donde confluyen múltiples factores nacionales, regionales y globales. Cada factor analizado posee un valor explicativo significativo individualmente, pero por sí mismos no explican el fenómeno en su totalidad. Es su interacción en las diferentes escalas entre lo nacional, regional y global, lo que los hace relevantes para entender el momento crítico que se está construyendo en el Sahel Occidental.

Las agudas manifestaciones del sentimiento antifrancés resultantes de este proceso, aunque para muchos — a simple vista — podría significar el fin de la *françafrique*, en realidad aún distan de serlo. El sentimiento antifrancés, aunque es una importante muestra de los esfuerzos africanos por superar el legado colonial, aún no adquiere la fortaleza suficiente para terminar con un fenómeno cimentado en décadas de explotación y dominación formal/ informal como la *françafrique*. Si bien el sentimiento antifrancés no garantiza necesariamente un panafricanismo pleno, arroja significativas luces sobre la agencia africana y su creciente cuestionamiento de los vínculos coloniales históricos. La región evidencia una capacidad de acción y decisión que trascienden a las narrativas simplistas de dependencia externa y las lógicas sobre fenómenos aislados, pues cada vez más países de la región como Chad, Costa de Marfil y Senegal están manifestando considerables intenciones de retirar la influencia militar y económica francesa de sus naciones.

Para plantearnos siquiera el fin de la *françafrique* es necesario también cambiar nuestro marco de referencia respecto a la soberanía, al Sahel, y al continente africano en su conjunto. Tradicionalmente, el Sahel y el continente africano han sido presentados por las élites de poder y por la literatura occidental como “espacios no gobernados” y, por tanto, necesitados de la imposición de medidas de control externas a través de autoridades estatales, financieras o militares. El siglo XXI, y de manera particular, el contexto actual, nos demuestra la necesidad de cambiar nuestra lectura de esta región, tomando en cuenta las voces locales y observando con mayor atención sus propias formas de gobernanza. Siguiendo las declaraciones de los jefes militares parte de la AES y autoridades de países como Chad, el contexto actual parece el adecuado para replantearse lo que debe ser considerado como orden estatal y soberanía, reevaluar los términos sobre

los que están contruidos y si solo representan independencias simbólicas. Solo así se podrá iniciar la difícil tarea de repensar África desde su complejidad y diversidad, dando a pie a una verdadera superación de la colonialidad.



Epílogo

La presente investigación culminó oficialmente el 09 de diciembre de 2024, no obstante, desde entonces a la fecha, abril de 2025, han ocurrido diversos acontecimientos importantes a considerar.

En primer lugar, la violencia yihadista en la región no ha hecho más que aumentar. En 2024, cuatro de cada diez ataques yihadistas perpetrados a nivel mundial se registraron en Burkina Faso, Níger o Mali, según datos reportados por el Índice Global de Terrorismo 2024, lo que representó a su vez un incremento de la violencia en la región. El Sahel Occidental, a pesar de los discursos promulgados por las juntas militares respecto a su supuesta eficacia en la lucha contra los grupos yihadistas, ha evidenciado que tales proclamas se limitan a lo retórico que, si bien alienta momentáneamente a la población, no ha impedido que la región continúe configurándose como la más afectada por el fenómeno terrorista a nivel global. Esta falta de eficacia en la lucha contra el terrorismo en la región demuestra que lo que más criticaban de las intervenciones francesas no era su aletargamiento, sino la inestabilidad que exacerbaba y la significativa pérdida de soberanía que representaban al coludirse directamente con las esferas más altas del poder.

En segundo lugar, en el primer mes del 2025 se oficializó la salida definitiva de Mali, Níger y Burkina Faso de la CEDEAO, anunciada con un año de anterioridad, marcando la crisis más crucial en la integración regional de África Occidental desde la fundación de la organización en 1975. Su retirada de la CEDEAO se consideró como una reacción directa a las sanciones económicas indiscriminadas y la amenaza de intervención militar promovidas por la organización tras el golpe de Estado en Níger en 2023. Estas acciones fueron interpretadas por las juntas militares y gran parte de la población como una clara demostración de la desconexión de la organización con las dinámicas geopolíticas del Sahel, su manifiesta ineficacia para abordar la crisis de seguridad y la persistente influencia francesa y occidental en la toma de decisiones de la CEDEAO.

Con la reciente oficialización de su retirada de la organización regional, los Estados parte de la Alianza de Estados del Sahel (AES) han decidido profundizar sus medidas de distanciamiento respecto a Francia y sus socios en el continente africano, mientras simultáneamente implementan estrategias de fortalecimiento interno e integración mutua. Entre las iniciativas más destacadas que han adoptado en esta dirección se encuentran los diálogos orientados hacia una integración

económica más sólida, el establecimiento de un nuevo pasaporte común para los tres Estados con reconocimiento y validez internacional, la formalización de un pacto de defensa mutua, y el inicio de un proceso de descolonización cultural reemplazando monumentos y nombres de calles que rendían homenaje a figuras francesas por figuras nacionales vinculadas a la resistencia anticolonial.

Las medidas tomadas por los estados parte de AES resaltan por su enorme valor simbólico, y representan un hito en la búsqueda por definir su identidad, proyectar soberanía a través de un distanciamiento a las plataformas económicas y culturales tradicionales, influenciadas en gran parte por Occidente y Francia. Sin embargo, aún presentan un desafío para traducir estas reformas en medidas tangibles que representan cambios estructurales que mejoren la calidad de vida de su población y trascienden el ámbito performativo.

En tercer lugar, pese a que la salida de la CEDEAO y el distanciamiento de Francia y potencias occidentales anticiparon inicialmente un colapso social, tales pronósticos no se han materializado. Mali, Níger y Burkina Faso están logrando sortear las sanciones internacionales y el aislamiento diplomático gracias al acercamiento que se vislumbró con mayor claridad a finales del 2024 e inicios del 2025 con socios estratégicos como China y Rusia.

Una demostración de esta nueva orientación diplomática es la visita realizada por los ministros de Exteriores miembros de la Alianza de Estados del Sahel (AES) a Rusia durante la primera semana de abril, atendiendo a la invitación del Ministro de Asuntos Exteriores ruso, constituyendo así la primera sesión de “consultas” regulares entre la AES y Rusia. Este acontecimiento evidencia nuevamente que, si bien actores como Rusia y China no propiciaron per se la politización del sentimiento antifrancés, sí están influyendo significativamente en la toma de decisiones de los Estados que rompieron relaciones con Francia, posicionándose como alternativas viables para su desarrollo.

Aunque los flujos financieros, comerciales y la cooperación siguen siendo limitados entre estos Estados, es previsible que esta tendencia presente cambios significativos en los próximos meses, en tanto las políticas de Mali, Níger y Burkina Faso continúen en la misma línea que han venido adoptando hasta el presente.

Referencias bibliográficas

- Abrahamsen, R. (2003). African Studies and the postcolonial challenge. *African Affairs*, 102(407), 189–210. <https://doi.org/10.1093/afraf/adg019>
- Acharya, A. (2011). Dialogue and Discovery: In Search of International Relations Theories Beyond the West. *Millennium - Journal of International Studies*, 39, 619-637.
https://www.researchgate.net/publication/258170802_Dialogue_and_Discovery_In_Search_of_International_Relations_Theories_Beyond_the_West
- Africa Research Bulletin (2022). BURKINA FASO: Anti-French Sentiment: Political, Social and Cultural Series, 59(11). <https://doi.org/10.1111/j.1467-825x.2022.10798.x>
- Africa Research Bulletin (2022). AFRICA – FRANCE: Goodbye Barkhane. *Political, Social & Cultural Series*, 58(12), 23429A–23430B. <https://doi-org.ezproxybib.pucp.edu.pe/10.1111/j.1467-825X.2022.10334.x>
- Andjembe, E., Eben, S. E. M., & Dalton, A. (2022). French Neocolonialism in Africa: Historical Overview and Summary of Current Events. *American Journal of Economics and Sociology*, 81(5), 829–849. <https://doi.org/10.1111/ajes.12493>
- Ani, N. C. (2021). *Coup or Not Coup: The African Union and the Dilemma of “Popular Uprisings” in Africa. Democracy and Security.* <https://doi.org/10.1080/17419166.2021.1899915>
- Antwi-Boasiako, I. (2022). La búsqueda de influencia: análisis de los mecanismos de diplomacia pública de Rusia en África. *South African Journal of International Affairs*, 29 (4), 463–482. <https://doi.org/10.1080/10220461.2022.2153728>
- Arinde, N. (2023). ANTI-FRENCH SENTIMENT BOILS OVER IN WEST AFRICA. *New York Amsterdam News*, 114(4), 2. <http://ezproxybib.pucp.edu.pe:2048/login?url=https://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=a9h&AN=161506576&lang=es&site=eds-live&scope=site>
- Appiah, K. A. (1996). Is the post in postmodernism the post in postcolonialism? In P. Mongia (Ed.), *Contemporary postcolonial theory: A reader* (pp. 55–71). London: St Martin's.
- Baldaro, E. (2021). Rashomon in the Sahel: Conflict dynamics of security regionalism. *Security Dialogue*, 52(3), 266-283. <https://doi.org/10.1177/0967010620934061>
- Barkindo, A. (2020). The Sahel: A New Theatre for Global Jihadist Groups? *Counter Terrorist Trends and Analyses*, 12(2), 21–26. <https://www.jstor.org/stable/26908281>
- Barnay, M. (2024). Regional Interests. *Sidecar* <https://newleftreview.org/sidecar/posts/regional-interests>

Baudoin, J (2023). Françafrique o cómo poner fin a las lógicas neocoloniales Entrevista a Amzat Boukari-Yabara <https://nuso.org/articulo/africa-golpes-colonialismo/>

Bindner, L (2018) Jihadists' Grievance Narratives against France. The International Centre for Counter-Terrorism – The Hague (ICCT). <https://www.jstor.org/stable/pdf/resrep17482.pdf?acceptTC=true&coverpage=false&addFooter=false>

Bøås, M. (2019). The Sahel crisis and the need for international support. The Nordic Africa Institute. Policy Dialogue, 15. <http://nai.diva-portal.org/smash/get/diva2:1367463/FULLTEXT01.pdf>

Boeke, S., & Schuurman, B. (2015). Operation 'Serval': A Strategic Analysis of the French Intervention in Mali, 2013–2014. *Journal of Strategic Studies*, 38(6), 801–825. <https://doi-org.ezproxybib.pucp.edu.pe/10.1080/01402390.2015.1045494>

Bos, M & Melissen, J. 2019 Rebel diplomacy and digital communication: public diplomacy in the Sahel, *International Affairs*, Volume 95, Issue 6, Pages 1331–1348, <https://doi-org.ezproxybib.pucp.edu.pe/10.1093/ia/iiz195>

Boserup, R. A., & Martinez, L. (2018). Sahel: A EUROPEAN SECURITY CONCERN. In *EUROPE AND THE SAHEL-MAGHREB CRISIS* (pp. 7–14). Danish Institute for International Studies. <http://www.jstor.org/stable/resrep17370.4>

Castro Varela, M. d., & Dhawan, N. (2015). *Postkoloniale Theorie: Eine Kritische Einführung*. Bielefeld, Germany: Transcript Verlag.

Charbonneau, B. (2023) The durability of the Gendarme de l'Afrique. From empire to fighting terrorism. *Routledge Handbook of Francophone Africa*. <https://www.taylorfrancis.com/chapters/edit/10.4324/9781351142168-5/durability-gendarme-de-afrique-bruno-charbonneau>

Chafer, T., Cumming, G. D., & van der Velde, R. (2020). France's interventions in Mali and the Sahel: A historical institutionalist perspective. *Journal of Strategic Studies*, 43(4), 482–507. <https://doi.org/10.1080/01402390.2020.1733987>

Chakrabarty, D. (2000). *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference* (New Edition). Princeton University Press. <http://www.jstor.org/stable/j.ctt7rsx9>

Checa-Artasu, M. (2011). La República Popular China en el África Subsahariana. Notas de una relación económica contemporánea". *México y la Cuenca del Pacífico*. Guadalajara, 40, 43-73. <https://www.redalyc.org/pdf/4337/433747498003.pdf>

Chinese investment in Africa 2003-2022. (2023). China-Africa Research Initiative. Universidad Johns Hopkins. <https://www.sais-cari.org/chinese-investment-in-africa>
Congressional Research Service. (2022). "An epidemic of coups in Africa? Issues for Congress." Retrieved from <https://crsreports.congress.gov>

Daniel, R., & Nagar, D. (2016). Centre for Conflict Resolution Report Part Title: Africa's Key Bilateral Relations: Report Title: AFRICA AND EXTERNAL ACTORS. <http://www.jstor.com/stable/resrep05137.9>

Darby, P. (2004). Pursuing the political: A postcolonial rethinking of relations international. *Millennium—Journal of International Studies*, 33(1), 1–32.

Darby, P. (2016). *From International Relations to Relations International*. Postcolonial Essays <https://www.routledge.com/From-International-Relations-to-Relations-International-Postcolonial-Essays/Darby/p/book/9781138958494>

Yates, D. (2018) France and Africa. En D. Nagar & C. Mutasa (Eds.), *Africa and the World Bilateral and Multilateral International Diplomacy*, 95 -118. Palgrave, Macmillan.

Duursma, A., & Masuhr, N. (2022). Russia's return to Africa in a historical and global context: Anti-imperialism, patronage, and opportunism. *South African Journal of International Affairs*, 29(4), 407–423. <https://doi.org/10.1080/10220461.2022.2136236>

El País (2023). Putin anuncia acuerdos militares con 40 países africanos durante la cumbre en San Petersburgo. <https://elpais.com/internacional/2023-07-28/putin-anuncia-acuerdos-militares-con-40-paises-africanos-durante-la-cumbre-en-san-petersburgo.html>

Erforth, B. (2020). Multilateralism as a tool: Exploring French military cooperation in the Sahel. *Journal of Strategic Studies*, 43(4), 560–582. <https://doi-org.ezproxybib.pucp.edu.pe/10.1080/01402390.2020.1733986>

Fosu, A. K. (2002). Political Instability and Economic Growth: Implications of Coup Events in Sub-Saharan Africa. *The American Journal of Economics and Sociology*, 61(1), 329–348. <http://www.jstor.org/stable/3487750>

Galindo Rodríguez, F. (2013). Enfoques poscoloniales en Relaciones Internacionales: un breve recorrido por sus debates y sus desarrollos teóricos. *Universidad Autónoma de Madrid. Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)*, 22, 85–107. <http://hdl.handle.net/10486/677459>

Guichaoua, Y (2020). La amarga cosecha del intervencionismo francés en el Sahel, *Asuntos internacionales*, volumen 96, número 4, pp 895–911, <https://doi.org/10.1093/ia/iiaa094>

Hall, S, (1995). When was 'The Post-Colonial'? Thinking at the Limit. Routledge <https://www.taylorfrancis.com/chapters/edit/10.4324/9780203138328-24/post-colonial-thinking-limit-stuart-hall>

Harding, L & Burke, J (2019). Leaked documents reveal Russian effort to exert influence in Africa. *The Guardian*.

<https://www.theguardian.com/world/2019/jun/11/leaked-documents-reveal-russian-effort-to-exert-influence-in-africa>

Hitchcock, P. (1997). Postcolonial Africa? Problems of Theory. *Women's Studies Quarterly*, 25(3/4), 233–244. <http://www.jstor.org/stable/40003387>

Hoijtink, M., & Muehlenhoff, H.L. (2020). The European union as a masculine military power: European union security and defence policy in 'times of crisis'. *Political studies review*, 18 (3), 362–377. doi:10.1177/1478929919884876

Institute for Economics & Peace (IEP). (2014). Global Terrorism Index. <https://www.visionofhumanity.org/maps/global-terrorism-index/#/>

Institute for Economics & Peace (IEP). (2019). Global Terrorism Index. <https://www.visionofhumanity.org/maps/global-terrorism-index/#/>

Institute for Economics & Peace (IEP). (2024). Global Terrorism Index. <https://www.visionofhumanity.org/maps/global-terrorism-index/#/>

Inwood, J & Tacchi, J. (2024). Grupo Wagner: cómo el gobierno ruso ha reformado a la organización mercenaria después de la sospechosa muerte de su comandante. BBC News Mundo. <https://www.bbc.com/mundo/articulos/c514zz52gwvo>

İşleyen, B. (2023). Affective politics of migration control in Turkey: a postcolonial approach. *European Security*, 32(3), 367–384. <https://doi-org.ezproxybib.pucp.edu.pe/10.1080/09662839.2023.2232740>

Jabri, V. (2013). *The postcolonial subject: Claiming politics/governing others in late modernity*. Routledge.

Jacobsen, K. L., & Larsen, K. P. (2023). Liberal intervention's renewed crisis: responding to Russia's growing influence in Africa. *International Affairs*, 99(1), 259–278. <https://doi-org.ezproxybib.pucp.edu.pe/10.1093/ia/iac252>

Kabunda, M., & Bello, I. (2007). Relación China-África: ¿ modelo de cooperación Sur-Sur o neocolonialismo. SODEPAZ. Cuaderno África América Latina N°43.

Kohnert, D. (2023). Will the UEMOA survive the rise of anti-French sentiment in West Africa?. MPRA Paper 118357, University Library of Munich. <https://ideas.repec.org/p/prapa/mprapa/118357.html>

Krieger, G. (2022). Challenges in Mali, the Importance of Legitimate Governance in Combatting Terrorism and Violent Extremism. *Journal of Strategic Security*, 15(3), 22–38. <https://www.jstor.org/stable/48687538>

Lellouche, P., & Moisi, D. (1979). French Policy in Africa: A Lonely Battle against Destabilization. *International Security*, 3(4), 108–133. <https://doi.org/10.2307/2626765>

Loomba, A. (2015). *Colonialism/Postcolonialism* (3rd ed.). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315751245>

Martín, O. (2024). África en el torbellino de la volatilidad global. Nueva Sociedad. | Democracia y Política En América Latina. <https://nuso.org/articulo/310-africa-en-el-torbellino-de-la-volatilidad-global/>

McClintock, A. (1992). The angel of progress: Pitfalls of the term “post-colonialism.” *Social Text*, (31/32), 84–98.

Ministerio francés para Europa y de Asuntos Exteriores. (2021) French diplomacy in Africa: Global issues. <https://www.diplomatie.gouv.fr/en/country-files/africa/french-diplomacy-in-africa-global-issues/>

Nation (2023) Franco/African relations: Has the chickens come to roost? Nation (Nigeria).

Ndinga-Muvumba, A. & Corkin, L. (2009). Great Power Rivalries: China and the West in Africa. Crouching tiger, hidden dragon? China and Africa: Engaging the world's next superpower. (pp. 29–30). Centre for Conflict Resolution. <http://www.jstor.org/stable/resrep05146.11>

Nkrumah, Kwame. (1965). *Neo-Colonialism: The Last Stage of Imperialism*. International Publishers.

Nogueira, J & Messari, N (2005) Teoria das Relações Internacionais. Correntes e debates. Elsevier. https://funag.gov.br/loja/download/931-Teoria_das_Relacoes_Internacionais.pdf

Observatorio de la Complejidad Económica (OEC). (s.f.). Comercio de Productos. <https://oec.world/es/profile/country/mli>

Oficina de Información del Consejo de Estado. (2021). China y África en la nueva era: una asociación de igualdad.

Ogou, V. (2023). Burkina Faso y Mali expulsan a Francia: el rol del sentimiento antifrancés en el giro pro-ruso. CIDOB, ISSN 2014-0843. https://www.cidob.org/publicaciones/serie_de_publicacion/opinion_cidob/2023/burkina_faso_y_mali_expulsan_a_francia_el_rol_del_sentimiento_antifrances_en_el_giro_pro_ruso

Ògúnmọ̀ dẹ̀dẹ̀, C. O. (2021). The Wagner Group Is the Last Thing Mali Needs. *World Politics Review*, 1. <https://www.worldpoliticsreview.com/after-coup-mali-junta-has-hijacked-the-political-transition/>

Ould Moctar, H. (2024). Hors camp. Sidecar. <https://newleftreview.org/sidecar/posts/hors-camp>

Parashar, S., & Schulz, M. (2021). Colonial legacies, postcolonial 'selfhood' and the (un)doing of Africa. *Third World Quarterly*, 42(5), 867–881. <https://doi-org.ezproxybib.pucp.edu.pe/10.1080/01436597.2021.1903313>

Peltier, E. (2023). A shrinking footprint in Africa for France, the former colonizer that stayed. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/2023/08/05/world/africa/niger-coup-france-west-africa.html>

Pryce, D. K., & Time, V. M. (2023). The role of coups d'état in Africa: Why coups occur and their effects on the populace. *International Social Science Journal*. <https://doi.org/10.1111/issj.12428>

Powell, NK (2017). ¿Luchando contra la inestabilidad? La lógica recurrente de las intervenciones militares francesas en África. *Seguridad africana*, 10 (1), 47–72. <https://doi-org.ezproxybib.pucp.edu.pe/10.1080/19392206.2016.1270141>

Quijano, A (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En: *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. CLACSO- Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 201-246. https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/sur-sur/20100708050100/11_quijano.pdf

Raineri, L., & Strazzari, F. (2017). Jihadism in Mali and the Sahel: Evolving dynamics and patterns. European Union Institute for Security Studies (EUISS). <http://www.jstor.org/stable/resrep06851>

Raleigh, C., Nsaibia, H., & Dowd, C. (2021) The Sahel crisis since 2012, *African Affairs*, Volume 120(478), 123–143, <https://doi-org.ezproxybib.pucp.edu.pe/10.1093/afraf/adaa022>

Rahaman, S., Yeazdani, R., & Mahmud, R. (2017). The Untold History of Neocolonialism in Africa (1960-2011). *History Research*, 5(1), 9. <https://doi.org/10.11648/j.history.20170501.12>

Recchia, S. (2020). A legitimate sphere of influence: Understanding France's turn to multilateralism in Africa. *Journal of Strategic Studies*, 43(4), 508–533. <https://doi.org/10.1080/01402390.2020.1733985>

Recchia, S., & Tardy, T. (2020). French military operations in Africa: Reluctant multilateralism. In *Journal of Strategic Studies*, 43(4), 473–481. Routledge. <https://doi.org/10.1080/01402390.2020.1733984>

Rieker, P. (2017). Moving Beyond Françafrique? French Foreign Policy in a Changing World: Practising Grandeur, 39–59.

Ruitenbergh, R. (2020). Macron Says Russia, Türkiye Fueling Anti-French Sentiment in Africa. *Bloomberg.Com*, N.PAG. <https://www.bloomberg.com/news/articles/2020-11-20/macron-says-russia-turkey-fueling-anti-french-feeling-in-africa>

Said, E. W. (1978). *Orientalism*. Pantheon.

Sajed, A. (2013). Postcolonial encounters in international relations: The politics of transgression in the Maghreb. Routledge.

Schmidt, E. (2024). Evil Empires? Sidecar <https://newleftreview.org/sidecar/posts/evil-empires>

Sen, S. (2022) Las raíces coloniales de las contrainsurgencias en la política internacional, *Asuntos Internacionales*, 98 (1), 209–223. <https://doi.org/10.1093/ia/iiab201>

Singh, N. 2014. Seizing power: The strategic logic of military coups. Bahns Hopkins University Press.

Smith, A. W. M. (2017). Future imperfect: colonial futures, contingencies, and the end of French empire. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1mtz521.9>

Spivak, G. C. (1988). Can the Subaltern Speak? In C. Nelson, & L. Grossberg (Eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture*. Urbana/Chicago: University of Illinois Press. <https://jan.ucc.nau.edu/~sj6/Spivak%20CanTheSubalternSpeak.pdf>

Swedlund, H. (2017). Is China eroding the bargaining power of traditional donors in Africa? *International Affairs*, 93 (2), 389–408. <https://doi-org.ezproxybib.pucp.edu.pe/10.1093/ia/iw059>

Taylor, I. (2019). France à fric: the CFA zone in Africa and neocolonialism. *Third World Quarterly*, 40(6), 1064–1088. <https://doi.org/10.1080/01436597.2019.1585183>

Té, W. (2014). Golpe de Estado: um entrave à democracia, o caso de África Ocidental. *Conjuntura Internacional*, 11(2), 92–106. <https://eds-p-ebSCOhost-com.ezproxybib.pucp.edu.pe/eds/detail/detail?vid=0&sid=5a4f61e6-c55f-4c3c-8870-1f601f5210fd%40redis&bdata=JmxhbmC9ZXMmc210ZT11ZH MtbGI2ZSZzY29wZT1zaXRl#db=bth&AN=116778864>

The Chinese Loans to Africa Database (2024). Boston University Global Development Policy Center. <https://www.bu.edu/gdp/chinese-loans-to-africa-database/>

Tiyambe, P. (2019). “El problemático encuentro entre el postcolonialismo y la Historia de África”. *Alcores Revista de Historia Contemporánea*, nº 10.

Torsoli, A. (2022). Macron Lashes Out at Russia’s “Predatory” Strategy in Africa. *Bloomberg.Com*, N.PAG.

Tricontinental. (2024). En África dicen: “¡Fuera Francia!” | Boletín 19 <https://thetricontinental.org/es/newsletterissue/el-sahel-busca-soberania/>

Tull, D. (2019) Rebuilding Mali's army: the dissonant relationship between Mali and its international partners, *International Affairs*, 95 (2), 405–422, <https://doi-org.ezproxybib.pucp.edu.pe/10.1093/ia/iiz003>

United Nations. (2014). World Fertility Report 2013. <https://www.un-ilibrary.org/content/books/9789210574396>

Utley, R. (2002). "Not to Do Less but to Do Better...": French Military Policy in Africa. *International Affairs* (Royal Institute of International Affairs 1944-), 78(1), 129–146. <http://ezproxybib.pucp.edu.pe:2048/login?url=https://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=edsjsr&AN=edsjsr.3095978&lang=es&site=eds-live&scope=site>

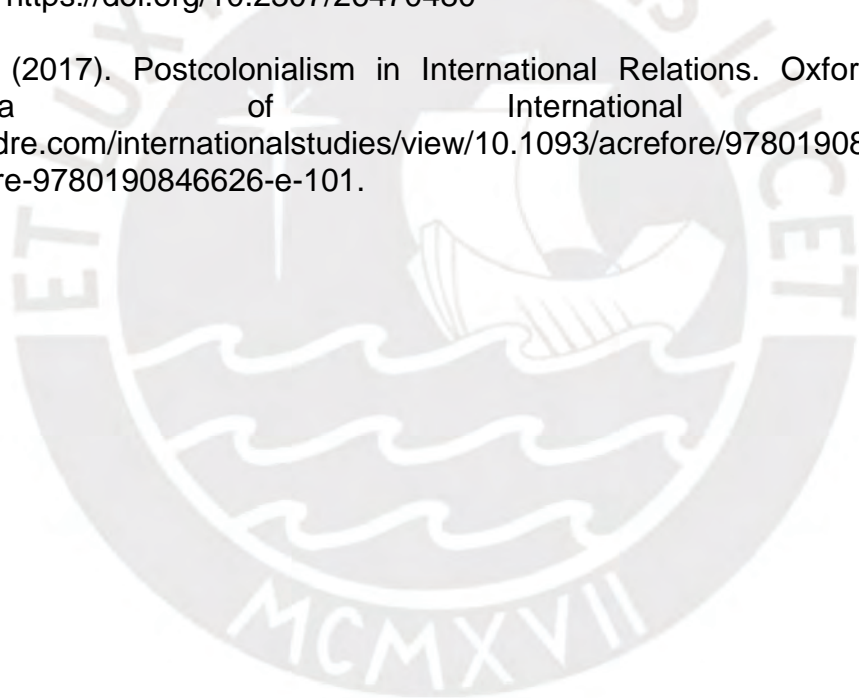
Vallés, J. (2000). *Ciencia Política: una introducción.*: Ariel.

Walsh, D. (2023). Crisis en Níger: una guía para entender la situación. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/es/2023/08/04/espanol/niger-golpe-estado.html>

Wilén, N. (2024). Contagious Coups In Africa? History of civil- military imbalance. *African Affairs*, 123/491, 243–26. <https://doi.org/10.1093/afraf/adae011>

Williams, P. (2017). Continuity and Change in War and Conflict in Africa. *PRISM*, 6(4), 32–45. <https://doi.org/10.2307/26470480>

Wilkins, J. (2017). Postcolonialism in International Relations. *Oxford Research Encyclopedia of International Studies*. <https://oxfordre.com/internationalstudies/view/10.1093/acrefore/9780190846626.001.0001/acrefore-9780190846626-e-101>.



Lista de siglas

- AES: Alianza de Estados del Sahel
- AFISMA: Misión de Apoyo Internacional a Mali liderada por África
- AFRICOM: Mando África de Estados Unidos
- AQ: Al Qaeda
- AQMI: Al-Qaeda en el Magreb Islámico
- CFCM: Consejo Francés para la Fe Musulmana
- CFA: Comunidad Financiera Africana
- CEDEAO: Comunidad Económica de Estados de África Occidental
- CLA: Préstamos chinos hacia África
- CPF: Concepto de Política Exterior de la Federación Rusa
- EI: Estado Islámico
- FLM: Frente de Liberación de Macina
- FOCAC: Foro para la Cooperación entre China y África
- IED: Inversión Extranjera Directa
- JNIM: Jama'at Nusrat al-Islam wal-Muslimin
- MINUSMA: Misión Multidimensional Integrada de Estabilización de las Naciones Unidas en Malí
- MNLA: Movimiento Nacional de la Liberación de Azawad
- MUJAO: Movimiento para la Unidad y la Yihad en África Occidental
- OEC: Observatorio de la Complejidad Económica
- ONU: Organización de Naciones Unidas
- UE: Unión Europea
- URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
- UA: Unión Africana